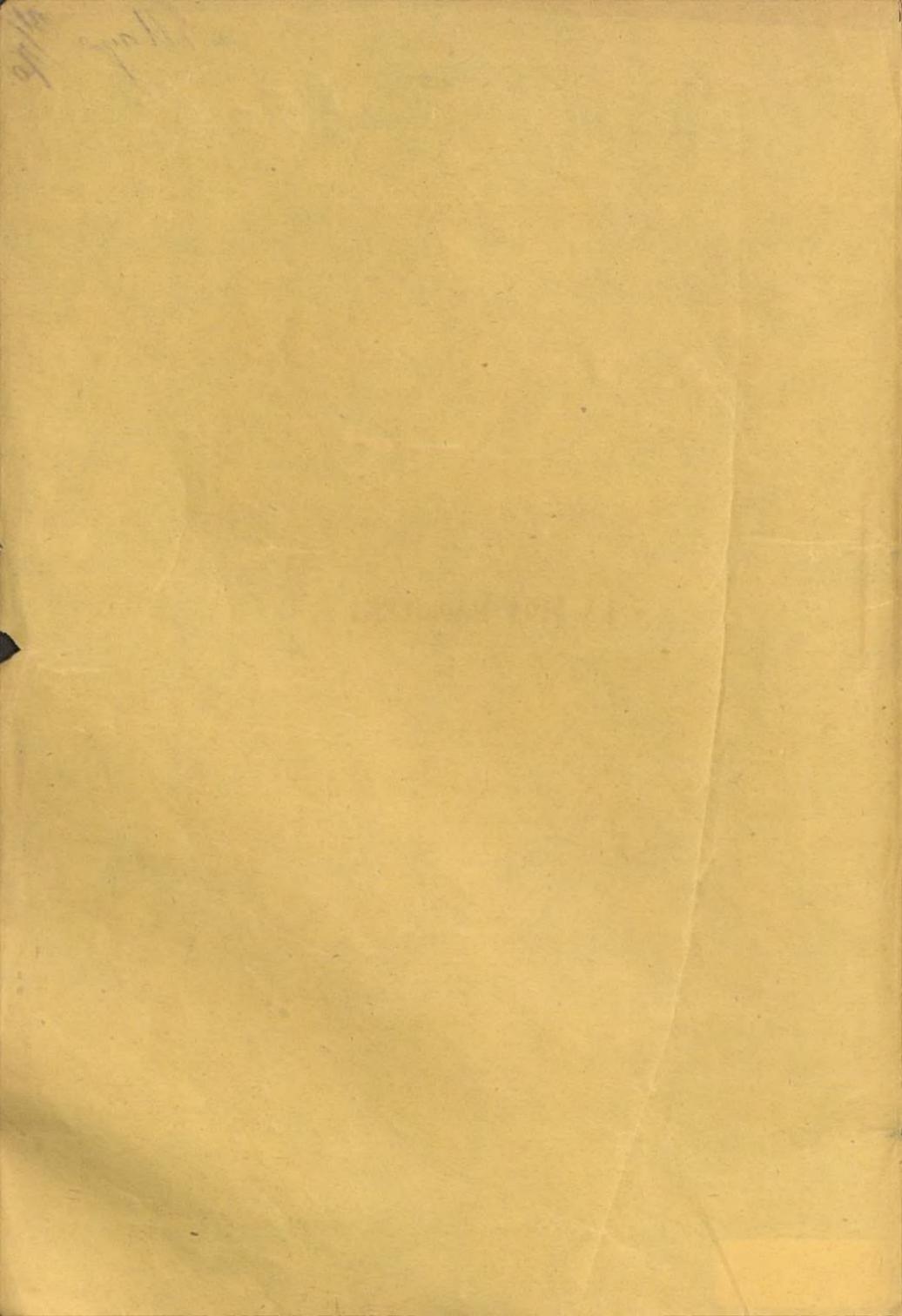


12266

Mayo 31/70
55-65

La vida madrileña

1800



OBRAS DEL MISMO AUTOR.

COMEDIAS.

EN TRES ACTOS.

Ataque y defensa.
A quien Dios no le da hijos...
Capas y sombreros.
Amor y miedo.
Casada, viuda y doncella.
El oficialito.
Embajador y hechicero
El rey de los primos.
Juegos prohibidos.
A caza de divorcios.
El pacto con Satanás, en 4 actos.
Redimir al cautivo.

EN UN ACTO.

No más secreto.
Manolito Gazquez.
Juan el perdido.
Estrupicios del amor.
Aquí paz y despues gloria.
Un contrabando.
Cosas de locos.
E. H.
Carambola y palos.
Las cuatro esquinas.
Suma y sigue.
Las plagas de Egipto
Escuela normal.
Lluvia de oro.

ZARZUELAS.

EN TRES ACTOS.

Giralda.
La roca negra.
Si yo fuera Rey!
Un trono y un desengaño.
Aventuras de un joven
bonesto.
Los Dioses del Olimpo.
Las Georgianas.
La vida Madrileña, en 4
actos.

EN DOS ACTOS.

Colegiales y soldados.
Enlace y desenlace.
El sordo.
Bruschino.
Francifredo, Dux de Ve-
necia.
La gata de Mari-Ramos

EN UN ACTO.

Al amanecer.
¡Diez mil duros!
El joven Virginio.
El niño.
Compromisos del no ver.
Los peregrinos.
Influencias políticas.
Matar ó morir.
Bazar de novias.

REPERTORIO DE LOS BUFOS ARDERIUS.

LA VIDA MADRILEÑA,

ZARZUELA EN CUATRO ACTOS,

(ARREGLO DE LA ÓPERA BUFA FRANCESA LA VIE PARISIENNE)

LETRA DE

DON MARIANO PINA,

MUSICA DE

J. OFFENBACH.

Representada por primera vez en Madrid, en el Teatro de los Bufos Arderius
(Circo), el 23 de Abril de 1870.

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 15.

1870

PERSONAJES.

ACTORES.

GABRIELA.....	SRAS. ALVAREZ (D. ^a Cármen).
SALOMÉ.....	RAGUEL.
LA BARONESA.....	BARDAN.
JACINTA.....	ALVAREZ (D. ^a Josefina).
CLARA.....	FONTFREDE.
JULIA.....	ROMERO.
SANDOVAL.....	SRES. CUBERO.
PEPE.....	OREJON.
BERNABÉ.....	ROSELL.
BARON DE GRONDEMARCK.	CASTILLA.
ANTONIO.....	CASTILLO.
JULIAN.....	ROMERO.
UN EMPLEADO DEL FERRO-	
CARRIL.....	” ”

Viajeros, empleados, señoras, caballeros, máscaras, etc.

Época actual. — Madrid.

NOTA. Por conveniencia especial, se ha dado en las representaciones de esta obra en Madrid más extensión al papel de JACINTA, para la primera salida á la escena de la señorita Alvarez (Doña Josefina). En provincias debe ejecutarse la zarzuela como va impresa; refundido casi todo el papel de JACINTA en el de GABRIELA, que es como se escribió.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrados o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria. Los comisionados de las Galerías Dramáticas y Liricas de los Sres. Gullon e Hidalgo, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representación y de la venta de ejemplares. Queda hecho el depósito que marca la ley.

— 8 —

ACTO PRIMERO.

Salon de descanso en el ferro-carril del Mediodia. Puertas al foro y laterales. La derecha ó izquierda, marcada en las acotaciones de esta zarzuela, es la del actor.

ESCENA PRIMERA.

EMPLEADOS del ferro-carril.

MUSICA.

Coro.

Celosos empleados
del ferro-carril,
nos vemos asediados
por trenes sin fin.
Getafe y Aranjuez,
Vallecas, Torrejon,
Jadraque y Almaden,
Alcázar y Almorchon.
Ciempozuelos, Huerta, Quero,
Pinto y Daimiel,
Manzanares, Valdepeñas
y Almuradiel.
Luego el tren de Toledo,
y el tren de Aragon;

y Alicante y Valencia
que vienen en pos.
Por buenos y ligeros
tenemos los piés,
hinchados como cueros
del mucho correr.
Si tanto la madeja
quieren enredar,
lo mismo que arpa vieja
vamos á tronar.
Que nadie bien nacido
puede sostener
trabajo tan seguido
sin enflaquecer.
Celosos empleados, etc.

(Al terminar el coro, suena la campana de las oficinas. Al oírse se van los empleados, excepto uno á quien detiene Sandoval.)

ESCENA II.

SANDOVAL, BERNABÉ, EMPLEADO.

- SAND. Funcionario, una pregunta.
BERN. Empleado, una respuesta.
SAND. Dispense usted: yo me he dirigido ántes...
BERN. Como usted guste: no tengo prisa.
SAND. Á qué hora llega el tren de Andalucía?
EMP. Dentro de cinco minutos.
SAND. Gracias. (Ántes de un cuarto de hora estoy en los brazos de Salomé!)
- EMP. Usted, caballero?...
- BERN. Ya es inútil. Iba á preguntar lo mismo. (Dentro de cinco minutos está Salomé en mis brazos!)
- EMP. Á la órden. (Váse.)
- SAND. Servidor.
- BERN. Idem.

ESCENA III.

SANDOVAL, BERNABÉ.

Después de mirarse uno á otro con desprecio, se pasean en distintas direcciones.

Cuando se encuentran, se lanzan una mirada feroz y prosiguen el paseo.

- SAND. (El miserable Bernabé de Guzman! No le saludo porque me ha jugado la partida más serrana del siglo.)
- BERN. (El libertino Bernabé de Sandoval! Si querrá que le salude, después de haberme pegado la tostada del orbe?)
- SAND. (Yo amaba entrañablemente á Julia, y ella correspondía á mi cariño.)
- BERN. (Julia me adoraba tiernamente, y yo la quería con delirio.)
- SAND. (Me amaba como ella sabe amar. Todo Madrid sabe como ella ama.)
- BERN. (Un día Julia y yo fuimos á almorzar á la fonda de la Castellana; y estando allí se la ocurrió á mi gacela convidar al almuerzo á mi amigo Sandoval.)
- SAND. (Una mañana recibí de mi paloma un billete con estas palabras: «Valentín, á las doce te espero en la fonda de la Castellana. Encarga á tus criados, que á quien pregunte por tí, le digan que vuelves en seguida.»)
- BERN. (Y para satisfacer el deseo de mi amada, fui á buscar á Valentín, con encargo especial de no volver sin él.)
- SAND. (Llegué á la fonda á la hora señalada, y encontré sola á mi Julia.)
- BERN. (Llegué á su casa y no estaba; pero sus criados me dijeron que volvería en seguida.)
- SAND. (Ella con su natural candidez me contó que Bernabé había ido á buscarme.)
- BERN. (Y aguardé una hora, dos horas, tres horas!...)
- SAND. (Y al cabo de tres horas nos encontró Bernabé paseando por los jardines, y se inmutó.)
- BERN. (Cansado de esperar, regresé á la fonda; los ví conver-

- sando á la sombra de un alcornoque, y me escamé.)
- SAND. (Y se llevó á Julia sin darme de almorzar.)
- BERN. (Y tuve con Julia una pelotera...)
- LOS DOS. (Al público.) Hé ahí, por qué no nos saludamos. (Se oye el silbido de la máquina.)
- EMP. El tren de Andalucía, señores.
- SAND. El tren de Andalucía?
- BERN. Está usted seguro?
- EMP. No puede ser otro.
- SAND. (Cómo palpará el corazón de Salomé.)
- BERN. (Salomé, no tardes; que te espero impaciente.)

ESCENA IV.

DICHOS, viajeros de ambos sexos, luego SALOMÉ del brazo de un Inglés.

MUSICA.

- CORO. Condenacion!
va á diluviar,
se va á mojar
el quipaje.
Sin detencion
para marchar,
fuerza es buscar
un carruaje.
- SAND. Salomé!
- BERN. Salomé! (Viéndola.)
- SAL. (Diantre! Mé han atrapado!)
- INGLES. Tu faz hermosa se ha demudado,
y lívidos están
tus labios de carmin.
- SAND. y BERN. Su falsedad patente
miramos al fin.
- INGLES. Esos señores
te miran fijamente.
- SAL. Yo por mí nunca los ví. (Váanse.)
- CORO. Condenacion, etc. (Váanse por la izquierda.)

ESCENA V.

SANDOVAL, BERNABÉ.

(Después de mirarse un rato, se abrazan sollozando.)

SAND. Bernabé!

BERN. Valentin!

SAND. Tú la esperabas también?

BERN. Como un cordero! Me dijo que iba á Pinto con una amiga.

SAND. La traición de Julia nos separó.

BERN. Que la traición de Salomé nos reuna.

SAND. Otro desengaño más!

BERN. Otra ilusión de ménos!

LOS DOS. Esto es horrible! (Lloran.)

SAND. Y qué has hecho de bueno desde que no nos vemos?

BERN. Casi nada: abandonar á Julia, y dedicarme á otras diez ó doce, inclusa Salomé!

SAND. No me la nombres!

BERN. Es una coqueta!

SAND. Coqueta es la que hace esto... y lo otro. Pero Salomé hace esto, y lo otro y lo demás allá.

BERN. Sin embargo, no podrás negar que tiene talento.

SAND. Y ribetes de mujer del gran mundo.

BERN. Á mí me adivinaba los pensamientos.

SAND. Á los míos se adelantaba. Antes de que pensase darla á la biudinería, me lo pedía.

BERN. De mí lo tomaba sin pedirlo.

SAND. Por todas partes el engaño, la doblez y la falsía!

BERN. Guerra á las mujeres!

SAND. Guerra, no, indiferencia. Pero, cielos!... ya me olvidaba... Se habrá marchado la Baronesa?

BERN. Qué Baronesa?

SAND. Sé me presenta la ocasión más oportuna para vengarme de nuestras compatriotas, con una extranjera.

BERN. No te comprendo.

- SAND. Se trata de una aventura en embrion. De una conquista, como si dijéramos, á la gallina ciega.
- BERN. Habla!
- SAND. Al llegar hace un cuarto de hora al ferro-carril, me encontré con un antiguo criado, que sirve hoy de guía ó cicerone en la gran fonda de los Príncipes. Julian... tú le recordarás.
- BERN. Ah! sí!... un estremeño muy ladino.
- SAND. El pobre recuerda todavía mis propinas y otros favores importantes.
- BERN. Le libraste del servicio militar?
- SAND. Mucho más! Le libré del casamiento, quitándole la novia por quince días.
- BERN. Peor hubiera sido quitarle la mujer.
- SAND. Eso le dije yo, y se quedó tan conforme. Hoy apenas me vió, me ofreció, como siempre, sus servicios, y entablamos el siguiente diálogo: «Hola, Julian, qué te trae por aquí? Esperas viajeros en el tren?—Un baron sueco, con su esposa.—Sueca también?» (Á Bernabé.)—Tú has conocido alguna sueca?
- BERN. Conozco á muchas, que si no lo son, se hacen.
- SAND. Por eso mismo, al escuchar á Julian, ardí en deseos de conocer una de pura raza, y proseguí el interrogatorio. —«Te han visto alguna vez estos señores?—Es la primera que vienen á España. Han puesto desde Cádiz un telégrama al dueño de la fonda.—Magnífico! Vas á hacerme un favor. Quiero reemplazarte y ser su guía ó cicerone.—Pero señorito!...—Cédeme siquiera á la »Baronesa.—Eso es más difícil: el Baron y la Baronesa »forman un lote, ó cedo los dos ó ninguno.»
- BERN. Tenia razon. Un matrimonio que viaja, es como una escopeta de dos cañones.
- SAND. Pues cargo con los dos, le dije, y te prometo un buen regalo.
- BERN. Es decir, que piensas continuar la aventura?
- SAND. Resueltamente. Quieres que la sigamos á medias? Te cedo al Baron.

- BERN. Gracias. En este momento me llaman atenciones de más interés. Mi noble tia, la marquesa del Culebreo, me tiene ofrecidos para hoy unos cuantos billetes de banco, y no debo hacerla esperar.
- SAND. Oh!... de ninguna manera.
- BERN. Adios, y buena suerte con la mujer del Baron!
- SAND. Hasta luego, y buenos ratos con los billetes de la marquesa.

ESCENA VI.

SANDOVAL.

Seramente hablando, mi capricho me pone en una situacion bastante difícil. Espero á una mujer que no conozco, y de la cual no poseo ni la menor noticia. Será bonita?... Si lo es, cualquiera adivinará que la voy á dar mi casa por fonda, y á prodigarla los cuidados que una extranjera debe obtener en un pais hospitalario. Pero y si es fea? Y si es vieja? Bah!... En ese caso, se la devuelvo á Julian, y punto concluido.

ESCENA VII.

DICHO, JULIAN, luego el BARON y la BARONESA, esta velada la cara con la gasa del sombrero.

JULIAN. (Ap. á Sandoval.) Ahí vienen, señorito, ahí vienen.

SAND. (Id. á Julian.) No te vayas. Ya sé que vienen, pero necesito saber si me convienen.

JULIAN. (Id.) Estos son.

SAND. (El marido es como otro cualquiera... pero ella... con ese velo...)

JULIAN. Señor Baron! Hé aquí el encargado del hotel. (La Baronesa se descubre.)

SAND. (Cielos!... Admirable!... Divinal!) (Ap. á Julian.) Vete, Julian, vete: me encargo de ellos. (Julian se va.)

BARON. Kanner ni Madrid ock kan alpaga mein nichkrrrrr?

SAND. (Diablo! Yo no habia pensado en esto!)

- BAR. Kanner ní Madrid ock kan alpaga mein nichkrrrr?
- SAND. (Aunque no comprendo ni una palabra, me parece este un idioma muy dulce.)
- BARON. (Ap. á la Baronesa.) Se me figura que este intérprete no entiende el sueco.
- BAR. (Id. al Baron.) Le hablaremos en español.
- BARON. (Id.) Afortunadamente lo poseemos algo. No habia caido en ello.
- BAR. Diga usted, caballero...
- SAND. (Hola! esto ya es otra cosa!)
- BAR. Usted no entiende el sueco?
- SAND. Oh! sí señora; en hablándome así, lo comprendo perfectamente.
- BARON. Supongo que conocerá usted bien á Madrid.
- SAND. Que si conoceré?... Á palmos, á dedos, á milímetros! Nací en la calle del Gato, estudié en la del Perro, me examiné en la del Oso, habité en la de la Garduña, ahora vivo en la de la Bola, y esta tarde me mudo á la de Sal si puedes. Y dice que sí conoceré á Madrid!...

MUSICA.

- Yo conozco de la córte,
Este, Oeste, Sur y Norte,
y me precio de saber
escoger,
lo bueno de la ibérica Babel.
Jardines y paseos,
academias y museos,
circos, bailes, coliseos,
y cuantas cosas en fin
haceros puedan tilin.
- BARON. Propina habrá
sí eso es verdad.
- SAND. No sé si la alcanzaré,
pero buscarla os ofrezco
con gran celo.

- BARON. Lo agradezco!
- BAR. Propina habrá,
si eso es verdad.
- SAND. La admitiré
con gran placer,
y mi cuidado leal
todo vuestro será.
- BARON. (Ap. á Sandová.) Yo quiero ver de las boleras
trás del telon el lindo pie.
Dicen que son muy zalameras
y de estremada candidez.
- SAND. (Id. al Baron.) Cada cual es un primor
y con faz de serafin.
- BARON. Y constantes en amor?
- SAND. Desde el pelo hasta el chapin.
- BAR. (Id. á Sandov al.) Es el afan de mi cerebro,
desque en España puse el pie,
ver al Gordito dar el quiebro,
y al Lagartijo un volapié.
- SAND. (Id. á la Baronesa.) Yo celebro la aficion
que abrigais en el majin.
- BAR. Ver podremos la funcion?
- SAND. Gozaremos del festin.
Yo seré vuestro norte
en la espléndida córte,
y sabré por do quier
procurar el placer.
- BARON y BAR. El será nuestro norte
en la espléndida córte,
y sabrá por do quier
procurar el placer.
- BARON. (Id.) Os advierto, que en mis planes,
y ocultarlo es de entidad,
entra el ir á Capellanes
sin saberlo mi mitad.
- SAND. (Id.) Descuidad, señor Baron!
- BARON. (Id.) He nacido muy gachon.

- BAR. (Id.) Yo quiero usar de la careta
cuando den bailes en el Real,
y me valdré de alguna treta,
para ocultarlo á mi mitad.
- SAND. (Id.) Al baile iremos.
(Bien por Dios!)
- BAR. (Id.) Que esto quede entre los dos.
- SAND. No hay que temer
todo irá bien,
y vais á ser,
fiad en mí,
los más dichosos de Madrid.
Yo seré vuestro norte,
en la espléndida córte
y sabré por do quier
procurar el placer.
- BARON y BAR. El será nuestro norte,
en la espléndida córte
y sabrá por do quier
procurar el placer.

-
- BAR. Ya deseo ver tantas preciosidades.
- SAND. Pues andando: el coche nos espera.
- BARON. Antes hay que recoger nuestro equipaje.
- SAND. Ah!... ustedes viajan con equipaje?
- BARON. Nueve mundos y cuarenta y siete cajas. Aquí está el talon.
- SAND. Nueve mundos! Voy á reclamar todo ese sistema planetario. Entre tanto espérenme en este sitio.
- BARON. Aquí estaremos.
- SAND. Sin hablar con nadie, ni fiarse de nadie. Miren ustedes que en esta poblacion hay mucho tunante!
- BARON. Nos lo han dicho.
- SAND. Ah! En el gran hotel se ha recibido esta carta para la señora Baronesa.
- BARON. Para mí esposa?

- SAND. Así lo espresa el sobre.
BAR. No hay duda. (Tomando la carta.)
SAND. Mientras usted la lee, voy á buscar esos orbes. (Váase por la izquierda.)

ESCENA VIII.

BARONESA, BARON.

- BAR. No acierto quien pueda escribirme! Ah!... Es de Elisa, la que conocimos en Stokolmo con su marido.
BARON. El conde de Frente-hueca?... ya recuerdo. Fué á Dinamarca á curarse de una asnitis crónica que le consumia.
BAR. Y no me agradaba que te reunieras con él.
BARON. Por temor al contagio?
BAR. Como no estás vacunado de esa enfermedad... (Lee)
BARON. Y qué te dice Elisa?
BAR. La escribí anunciándola el dia de nuestra llegada, y me dice, que no podrá verme hasta pasado mañana, porque ha marchado á Toledo con su parienta la marquesa del Culebreo.
BARON. Antiquísimo título.
SAND. El equipaje está apartado. Quieren ustedes venir á reconocerlo?
BAR. Lo que tú digas.
BARON. Sí, sí! Reconozcámosle. (Vánse.)

ESCENA IX.

VIAJEROS, luego PEPE. Á la conclusion de la escena, el BARON, la BARONESA y SANDOVAL.

MUSICA.

- CORO. Á Madrid, en busca de emociones;
á Madrid venimos en tropel;
á Madrid, repletos de ilusiones,
que en Madrid las hemos de perder.

PEPE. Yo soy un hombre intrépido
de rostro siempre plácido,
que corre como un príncipe
del orbe todo el ámbito.
Conócenme en los trópicos,
lo mismo que en el Báltico,
en Francia como en Nápoles,
en Austria y en el Cáucaso.
Me anima un fin artístico,
sin miras de metálico,
y trato con el público
con dulce acento mágico.
Por mis maneras hábiles
y mis sabrosos diálogos,
con todos soy político,
y á todos soy simpático.
Soy gozo de los jóvenes,
y mimo de los párvulos,
y con mi grato júbilo
del viejo alegre el ánimo.
Mi amor ha vuelto tísicas
de hermosas un catálogo,
que quíerenme por cónyuge
con tierna adoracion.
Yo soy un hombre intrépido,
de rostro siempre plácido,
que corre como un príncipe
del orbe todo el ámbito;
conócenme en los trópicos
lo mismo que en el Báltico,
en Francia como en Nápoles,
en Austria y en el Cáucaso,
en Pinto y en Chinchon.
Yo traigo un loro del Brasil,
y de Inglaterra un gallo inglés;
un cardenal de Guayaquil,
y una mona... de Jerez.

Me precio de quirúrgico,
y entiendo de botánica,
y arreglo las mandíbulas
con diligencia rápida.
Afeitó ligerísimo
la barba más selvática,
y rizo el pelo indómito,
y peino á la romántica.
Vistiendo el traje de señor,
mostrando el aire de dandy,
después de un viaje encantador
regresó impávido á Madrid.

Sí, señor;
me fuí,
viajé,
volé,
corrí,

y estoy feliz aquí.

Cierzo bienhechor
nueva vida en mí derrama,
y el sutil del Guadarrama
vivifica mi pulmon.

Hurrá! hurrá!

Yo digo la verdad.

Los patrios lares vuelvo á ver,
y tal felicidad

me pone loco de placer.

La vida es buena á no dudar,
lo mismo en Lóndres que en París,
mas falta al alma contemplar
el claro cielo de Madrid.

Aquí la brisa aliento
que mi ventura labra,
me arroba el pensamiento
y embarga mi palabra.

Me llamo Pepe-José,
y por apodo el Mudillo,

y tengo tienda y taller
en la calle del Colmillo.
Corto el pelo con primor
y admirable brevedad,
saco muelas sin dolor
y cual nadie sé sangrar.

Venid, llegad,
pedid, mandad.

(Varios mozos pasan con equipajes de izquierda á derecha.)

Todos.

Madrid, Madrid, Madrid!
La villa noble y placentera
de la guitarra y bandolin,
impaciente nos espera
brindando amor feliz.

Con valor,
sin temor,

penetremos en sus muros.

Con vigor,
con furor,

á gastar los pesos duros.

Á bailar,

á cantar,

á comer,

á beber,

á gastar

y triunfar.

El que venga á la corte

sin caudal de reten,

que se vuelva á su tierra

en el próximo tren.

Que Madrid con dinero

es un bello pensil,

y es un bosque de abrojos

en no habiendo de aquí.

(Frotando el dedo pulgar con el índice)

Al coche llama

sin dilacion

de los aurigas
la ronca voz.
Siga la rueda,
vamos, por Cristo,
que á pie se queda,
quien no ande listo.
El que se quede,
es un gran tonto.
Salgan todos,
vamos pronto.

Á los coches acudid,
penetremos en Madrid.
El que venga á la córte
sin caudal de reten,
que se vuelva á su tierra
en el próximo tren.
Que Madrid con dinero
es un bello pensil,
y es un bosque de abrojos
en no habiendo de aquí.

(Animacion general.—Los viajeros, por parejas cogidas de la mano, siguen al Baron, la Baronesa y Sandoval, que se dirigen á la puerta derecha.—Al llegar á ella, en la última cadencia del Coro, se quedan todos en posicion de baile, señalando dicha puerta, que da paso á Madrid.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala de la casa de Sandoval con muebles elegantes.—Puerta al foro y dos á cada lado.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon no hay nadie en la escena. Poco despues sale Pepe por el foro, y figura que habla desde la puerta con los criados.

PEPE. Bien, bien: esperaré! No me importa el tiempo. Por ver al señorito aguardaré una hora, cuatro... veinte, si es necesario. (Bajando.) Despues de viajar por toda Europa, para adquirir un caudal... de conocimientos, en el difícil arte de arreglar las cabezas, quiero ver cómo le han puesto la suya al señorito don Valentin de Sandoval, uno de mis más ricos y antiguos parroquianos, esos rapistas quema orejas, que se llaman peluqueros, á despecho del mundo civilizado y de los pocos que poseemos en el gremio el conocimiento del sistema frenológico, aplicado desde su raiz á la punta de los cabellos. Al entrar he visto que tambien aguarda al señorito, en la pieza inmediata, la linda Gabriela, la camisera mas lista de cuantas cosen á máquina. Tambien ha viajado como yo. Me la encontré en Berlin,

dedicada á estrechar los cuellos alemanes; y en Lóndres á abrir los puños ingleses. Si viniera por aquí, aguardaríamos al señorito en agradable conversacion. Allí está: en la antesala. Pst! pst!

ESCENA II.

DICHO, GABRIELA.

MUSICA.

PEPE. Entrad, entrad,
sol de la capital.
Aquí los dos aguardaremos
al señorito Sandoval;
que segun entendí,
muy poco ha de tardar.

GAB. Agradezco el favor.
PEPE. Me aturde tal honor.
GAB. Yo soy camisera.
PEPE. Yo afeitó al vapor.
GAB. De buena tijera.
PEPE. De pulso el mejor.
GAB. Tambien corsetera.
PEPE. Tambien sangrador.
GAB. Formal y sincera.
PEPE. Del mismo tenor.
LOS DOS. Ah! ah! La lará lá...
La gran camisera,
el buen sangrador,
de buena tijera,
de pulso el mejor,
formal y sincera,
del mismo tenor.

PEPE. El peinado
bien rizado
da calidad y altivez.

GAB. La camisa
limpia y lisa
del elegante es la prez,
y es señal
de caudal y valer.

PEPE. Retorcido el bigote.

GAB. Bien cortado el escote.

PEPE. Y en la boca un chicote.

GAB. Y la tabla puesta al vies.

LOS DOS Con la barba á lo dragon,
y la tira sin boton.

PEPE. Con la barba, barba, barba
á lo dragon.

GAB. Con la tira, tira, tira
sin boton.

Ver mi artístico taller
es menester,
para enterarse de lo que es coser.
Trabajando con teson
y perfeccion,
hay de oficialas grande coleccion.
Desde el vil madapolan
al rico holan,
prendas se cosen con asiduo afan.
Los encajes, el cutí
y el bombasí,
en abundancia vense por allí.
El que quiere, seductor,
ser de las bellas el tirano,
de mi artístico obrador
es el constante parroquiano.
Porque no hay una mujer
que al ver sus cuellos no barrunte,
que ellos son de mi taller,
y de mis manos el respunte.
La que ostenta juventud
y pulcritud,

- busca mi casa con solicitud.
Que en la buena sociedad,
no es vanidad,
todos se admiran de mi habilidad.
Soy la prez de las que cortan
los patrones de un fichú;
el *non plus* de las que importan
el más nuevo canesú.
Soy el sol de las que hermanan
el glásé con el terliz;
el *non plus* de las que hilvanan
un corsé á la emperatriz.
La que piensa ir al altar
con aquel que la prendó,
en mi casa ha de comprar
el magnífico trusó.
Desde Lóndres á Suez,
desde España á Nueva-York,
no se encuentra una mujer
tan artista como yo.
- PEPE. En mi difícil profesion
mi habilidad es asombrosa.
- GAB. Yo tengo gran reputacion.
- PEPE. Yo corro el mundo en su extension
y nadie encuentro que me tosa.
- GAB. Los dos tenemos fama igual.
- PEPE. Los dos podemos, en tal caso,
la mútua dicha consumir.
- GAB. Yo soy camisera.
- PEPE. Yo afeito al vapor.
- GAB. De buena tijera.
- PEPE. De pulso el mejor.
- GAB. Tambien corsetera.
- PEPE. Tambien sangrador.
- GAB. Formal y sincera.
- PEPE. Del mismo tenor.
- LOS DOS. Ah! ah! lá lará lá,

la gran camisera,
el buen sangrador,
de buena tijera,
de pulso el mejor.
Ambos somos, voto al Cid,
el orgullo de Madrid.
Ambos somos, en verdad,
de la España vanidad.
Ambos somos, sí señor,
de la España lo mejor.

- PEPE. Por la gracia de esa cara y la sal de esa boca, se le pueden dar á usted más abrazos que costuras ha hecho con sus blancas manos. (Intenta abrazarla.)
- GAB. Eh!... Poco á poco; que mis manos hacen costuras y costurones.
- PEPE. Me trataria usted tan mal? Nosotros debemos querernos, siquiera porque ambos somos extranjeros en nuestra patria.
- GAB. Yo nunca reniegó de ella.
- PEPE. Pero ha viajado usted como yo, y lleva impreso en su distinguida persona eso que los alemanes llaman *gaest* y los franceses *sprit*. Gabriela, tiene usted un *gaest* que enloquece.
- GAB. Y usted un palique que no me engaña.
- PEPE. Si nosotros contrajéramos matrimonio, usted cortando camisas, y yo cortando cabellos, formábamos una reunión de cortes, que ni las de Cádiz.
- GAB. Aquellas acabaron á farolazos.
- PEPE. Las nuestras acabarían á caricias.

ESCENA III.

DICHOS, ANTONIO.

- ANT. Eh!... Familia, el señorito desea estar solo en esta ha-

- bitacion, y no puede hablaros hasta luego.
- PEPE. Yo no salgo de esta casa sin verle.
- GAB. Yo le traigo unas camisas de prueba.
- ANT. Pues pasar á ese departamento, y ya se os avisará.
- PEPE. Corriente.
- ANT. Vivo, vivo, que llega. (Vánse por la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA IV.

ANTONIO, SANDOVAL, luego el BARON y la BARONESA.

- SAND. Antonio!
- ANT. Señor.
- SAND. Baja y ayuda á los mozos á subir el equipaje.
- ANT. Qué equipaje?
- SAND. El que encontrarás en el portal. Marcha.
- ANT. Voy al momento. (Váse por el foro.)
- SAND. El santo matrimonio cree llegar al gran hotel de los Príncipes, y entra en mi casa. La Baronesa es en extremo bonita y la traigo á mi lado. La cuestion es, que no se me escape.
- ANT. Por aquí, señor, por aquí!
- BARON. (Sale con la Baronesa.) Gracias.
- SAND. Antonio?...
- ANT. Señor.
- SAND. Que pongan el equipaje de este caballero en esa habitacion. (Señalando la primera de la derecha.) Es la de usted, señor Baron.
- BARON. Eh?...
- SAND. Y el perteneciente á la señora en esa otra. (La primera de la izquierda.) Es la destinada para usted, señora Baronesa. (Á Antonio.) Todo por los pasillos. (Váse Antonio.)
- BAR. (Habitaciones separadas.) Voy á reconocer la mia. (Me parece muy despejado este jóven.) (Váse.)

ESCENA V.

SANDOVAL, el BARON.

BARON. Una pregunta, señor encargado.

SAND. Estoy á sus órdenes.

BARON. Por qué razon, sin haberlo yo indicado, se coloca á mi esposa en distinto gabinete?

SAND. Por que... así lo previenen los reglamentos de policía urbana. En España les está prohibido á los matrimonios extranjeros vivir en la misma habitacion. La policía vela por la tranquilidad de estos establecimientos, y en ese punto es inexorable.

BARON. Ignoraba que la policía urbana estuviese tan adelantada en España.

SAND. Oh!... es un portento! Ya lo irá usted viendo en todo.

BARON. Se me ocurre otra cosa: usted ha dicho que me traia á la gran fonda de los Principes, y veo que esta es muy pequeña.

SAND. Porque esta es una puequeña fonda de la gran fonda.

BARON. No lo comprendo.

SAND. Es muy sencillo. Como el gran local del gran hotel está siempre lleno, la empresa ha comprado una multitud de pequeños hoteles, y este es uno de ellos.

BARON. Es tanta la concurrencia, que ha sido preciso?...

SAND. Oh!... ya tenemos seis manzanas de casas adheridas á la gran fonda, y si esto sigue, dentro de poco la gran fonda se extenderá á todo Madrid para el servicio de los viajeros, y los habitantes naturales tendrán que irse á vivir á los pueblos vecinos.

BARON. Veo que esta capital camina á su apogeo.

SAND.. Á pasos agigantados!.. Aquí hay deliciosos paseos, suntuosos palacios, magníficos teatros, lujosos trenes, encantadoras mujeres... en fin, todo, todo... (menos dinero.)

BARON. Á propósito de encantadoras mujeres. Yo traigo carta

de recomendacion para una, á quien usted tal vez conozca, á lo ménos de nombre.

SAND. Es posible.

BARON. Cierta *cantatrice* del gran teatro...

SAND. De la Ópera?

BARON. No, no... Aquí debo tener la carta con las señas... Es otro teatro. (Leyendo el sobre.) *Cantátrice* en el teatro del Lozoya.

SAND. Del Lozoya! (Si será?...)

BARON. Usted es concurrente?

SAND. Alguna que otra vez, por variar de aguas. Y el nombre?...

BARON. Salomé.

SAND. La misma.

BARON. Eh? Qué quiere decir la misma?

SAND. Quiere decir... que es la misma que usted busca.

BARON. La conoció aquí el Baron de Kimperblock, y ese me recomienda á ella. Sabe usted dónde vive?

SAND. No lo he de saber?...

BARON. Sí?

SAND. Los cicerones lo sabemos todo.

BARON. En ese caso la podrá usted entregar esa carta? (Se la da.)

SAND. (Es lo único que faltaba...) Con mucho gusto.

BARON. Pronto, muy pronto. Porque...

MUSICA.

Por mi suerte siempre esquiva,
pronto á Suecia he de volver;
mas en tanto que aquí viva,
un Tenorio quiero ser.

Tras novelescas aventuras

corro de Flandes á Pekin;

y para ciertas travesuras

siento en mi pecho un polvorin.

Una andaluza quiero enamorar

de las que tienen mucha, mucha sal,
y con pasión la adoraré,
si baila el polo, el vito y churumbé.
De una manola quiero andar en pos,
de las que dicen «miste qué redios.»
Y que en la liga ha de llevar
una pistola, un sable, un chuzo y un puñal.
Mi papá, que fué un bendito,
Dios le premie su saber,
me prohibió todo apetito,
en no siendo el de comer.
Mas salí de su tutela,
aunque casarme fué un error,
y con maña y con cautela
busco mi dicha en el amor.
Una andaluza quiero enamorar,
de las que tienen mucha, mucha sal.
Y con pasión la adoraré,
si baila el polo, el vito y churumbé.
De una manola quiero andar en pos,
de las que dicen «miste qué redios»
y que en la liga ha de llevar,
una pistola, un sable, un chuzo y un puñal.

-
- SAND. Magnífico! Veo que viene usted á Madrid dispuesto á divertirse, y en lo que de mí dependa, le aseguro que lo conseguirá.
- BARON. Y acabaremos por ser amigos.
- SAND. Oh! si yo puedo, lo seremos hasta la pared de enfrente.
(Indicando el cuarto de la Baronesa.)
- BARON. Pero con tanto hablar, nos olvidamos de lo mejor. Á qué hora se come aquí?
- SAND. Á la que usted guste.
- BARON. Á la que yo guste!... No se come en mesa redonda?
- SAND. Usted comer en mesa redonda?
- BARON. Yo viajo por distraerme, por conocer nuevas personas,

y ciertamente no lo conseguiría, comiendo solo con mi esposa.

SAND. Es que... la mesa redonda...

BARON. Abre el apetito, y sobre todo, da lugar á observar las costumbres del país, á conversar, á reir... En fin, si no hay mesa redonda, abandono este hotel.

SAND. Marcharse! De ninguna manera. Habrá mesa redonda, cueste lo que cueste!

BARON. Yo no reparo en el precio. Y ya que tratamos de ese punto, desearia saber lo que voy á pagar aquí por la comida y hospedaje.

SAND. Lo que va usted á pagar?... (Voy á llevarle el dinero encima de?... oh! eso seria indigno!)

BARON. Sí, quiero saber el importe...

SAND. (El caso es, que si no se lo llevo, puede sospechar... Cuántos son ustedes?... (En fin, le costará lo ménos posible.)

BARON. Somos, la Baronesa y yo; su doncella y mi criado. (Me contentaria con pagar treinta duros diarios.)

SAND. Conque, la Baronesa, usted?...

BARON. Y dos sirvientes.

SAND. Total, cuatro personas?... Bien... pondremos... veinte reales.

BARON. Veinte reales!

SAND. (Le habrá parecido mucho?)

BARON. Por persona?

SAND. No, por todos. Y si lo cree exagerado, se quedará en quince.

BARON. Al contrario, me parece muy módico. Cómo se puede servir tan barato en España?

SAND. Con la abolicion del impuesto de consumos, y la declaracion de los derechos individuales, se han puesto los artículos por los suelos.

BARON. Es singular! Luego dicen que la vida es tan cara en Madrid.

SAND. Calumnia de los provincianos.

BARON. Adelante! Á qué hora es la mesa redonda?

- SAND. (Dale con la mesa redonda.) A las siete. Y si no le acomoda, á las ocho... á las...
- BARON. No, no; ha dicho usted á las siete? pues á las siete.
- SAND. Convenidos.
- BARON. Mientras llega el momento, voy á hacerme la *toilette*.
(Váse.)

ESCENA IV.

SANDÓVAL, luego PEPE y GABRIELA.

- SAND. En buen berengenal me he metido. En dónde encuentro gente para llenar los asientos de esa maldecida mesa redonda? Y sobre todo, gente á propósito... extranjeros, comisionistas, señoras, qué sé yo!
- PEPE. Puede usted recibirnos ya, señorito?
- SAND. Eh! Quién es?
- PEPE. Dos humildes criados. (Sale con Gabriela.)
- SAND. Qué miro! Mi antiguo peluquero!
- GAB. Y la camisera de cámara.
- SAND. Has estado viajando?
- PEPE. Por toda la Europa culta.
- SAND. (Oh! qué idea!) Tú has viajado también?
- GAB. Desde lo ancho del Manzanares, á lo largo del Rhin.
- SAND. Y no os he convidado nunca á comer?
- PEPE. Á mí... que yo recuerde...
- GAB. Ni á mí.
- PEPE. Pero cuando tenga usted ese capricho, no le desairaremos.
- SAND. Hoy mismo.
- GAB. De veras?
- SAND. Si no estais ya convidados en alguna otra casa...
- PEPE. Por mi parte no tengo hoy compromiso.
- GAB. Ni yo.
- SAND. Bravísimo! Pero necesito más. Vosotros tendreis aqui amigas y amigos extranjeros.
- PEPE. De todos los paises que hemos recorrido.

- SAND. Pues necesito que convideis á un par de docenas de los unos y de las otras.
- GAB. Va usted á ser padrino de alguna boda?
- SAND. No, ahijado. Y para dar más realce á la fiesta, quisiera que vuestros amigos, que serán menestrales también, tomasen el nombre y las maneras de sus más encopetados parroquianos.
- PEPE. No tendrán inconveniente.
- GAB. Yo representaré á la viuda de un brigadier.
- PEPE. Y yo al marido de un general... digo, de una...
- SAND. Tú me sirves para otra cosa: necesito un jefe de mesa... un mayor *d'hotel* como dicen los franceses. Te atreves á serlo?
- PEPE. Con mil amores! Justamente me traje de Lyon el *rendingotte* de uno de ellos en pago de peinados.
- SAND. Tienes *rendingotte*?... Pues somos felices! Marchad y volved todos con los papeles bien estudiados. La comida es á las siete.
- GAB. No faltaremos.
- SAND. Tú serás el mayor... tú la viuda del brigadier. Marchad.
- PEPE. Hasta las siete. (Vánse.)
- SAND. Hasta las siete.

ESCENA VII.

SANDOVAL, BERNABÉ.

- SAND. Al fin tendremos mesa redonda.
- BERN. Soy el hombre más desgraciado de la tierra!
- SAND. Qué es eso, Bernabé? Estás enfermo?
- BERN. Sí, del alma.
- SAND. Para los males del alma sinapismos de filosofía.
- BERN. Mi dolencia necesita revulsivos más eficaces.
- SAND. Pero qué sientes?
- BERN. Falta de dinero.
- SAND. Ah! si no es más que eso, el mio está á tu disposición.

- BERN. Mi dichosa tía la marquesa, que debía darme hoy unos cuantos miles, se ha marchado á Toledo por tres ó cuatro dias, sin acordarse de saldar préviamente esa cuenta.
- SAND. Yo te anticiparé la cantidad.
- BERN. Gracias! Eres el más anticipador de los hombres.
- SAND. No te quiero triste ni meditabundo. Por el contrario, reclamo tu buen humor, para que me ayudes en mi aventura con el Baron.
- BERN. El sueco que aguardabas?... Y qué ha pasado? Cuéntame.
- SAND. Que le tengo aquí.
- BERN. Con su mujer?
- SAND. Persuadidos ambos de que esta es una fonda.
- BERN. Dime, la Baronesa es jóven y bonita?
- SAND. Pretendes enamorarla también?
- BERN. Hombre, por Dios! Desconfías de mí?... Entre nosotros esas cosas son sagradas!
- SAND. Deben empezar á serlo. Pues sí, es bonita como una estrella, y desearia que me librases del Baron por algunas horas.
- BERN. Me lo llevaré al teatro.
- SAND. No sé si querrá. Despues de comer, tal vez le dé por retirarse á descansar del viaje.
- BERN. Inventemos algo para mañana. Ah! ya lo tengo de primer órden.
- SAND. Habla.
- BERN. Una *soirée*, sí. Tendré una reunion aristocrática en casa de mi tía.
- SAND. Pero no dices que la marquesa está en Toledo?
- BERN. Por lo mismo están á mi disposicion sus magníficos salones, y voy á improvisar una fiesta régia.
- SAND. Se necesitan convidados y señoras á propósito.
- BERN. Los tengo á pedir de boca. Las doncellas de mi tía y las sobrinas del portero; gente toda, que aleccionada por mí, formará una reunion brillante y deslumbradora.
- SAND. Para completarla, te mandaré algunos de mis comensales de hoy.

- BERN. Serán bien recibidos.
SAND. Por supuesto, me retendrás al Baron por muchas horas.
BERN. Eso correrá por cuenta de las invitadas.

ESCENA VIII.

DICHOS, la BARONESA.

- SAND. Silencio! La Baronesa.
BERN. (Ap. á Sandoval.) Chico!... Es encantadora, adorable! preséntame.
SAND. Sí, al momento!
BAR. ¿Quién es este hombre?
SAND. Nadie. Es decir, un quidam.
BERN. (Cómo un quidam?)
SAND. Este ente es... el relojero de la casa. El que todos los días arregla los quinientos noventa y siete relojes del gran hotel.
BERN. En efecto, soy el relojero de la fonda, y voy á arreglar esta péndola que se adelanta un poco. (Toma un reloj que habrá sobre la mesa.) No hay más que hacer girar el registro hasta encontrar alguna resistencia... (Se rompe la cuerda.) Ve usted, señora? Ya encontré la resistencia.
SAND. (Asesino!)
BERN. Voy á seguir componiendo los relojes de la casa. (Váse.)

ESCENA IX.

BARONESA, SANDOVAL.

- BAR. Caballero?..
SAND. Señora!... (Es hechicera!)
BAR. En mi cuarto he encontrado estos pendientes que no son míos.
SAND. (Torpe de mí!) Sin duda serán de la señora que lo ocupaba ántes.
BAR. Viviría con ella algun caballero, porque tambien he

hallado este billete, cuyo primer renglon dice: adorado Valentin.

SAND. Mí nombre!

BAR. Ah! Se dirige á usted?

SAND. Á mí, señora!... Á mí!... no por cierto! Esa carta habla con otro Valentin! Hay tantos Valentines en el mundo! Ademas, juzga usted que á mí se me puede amar? Encuentra usted en mí algo, que pueda impresionar á una dama, aunque no sea tan bella como usted?

BAR. Puede usted entregar estos objetos á sus respectivos dueños.

SAND. Así lo haré.

ESCENA X.

DICHOS, ANTONIO, luego SALOMÉ.

ANT. (Ap. á Sandoval.) Señor, señor!

SAND. (Id. á Antonio.) Qué sucede?

ANT. (Id.) Qué viene una de las otras!

SAND. (Id.) Cuál?

ANT. (Id.) Salomé, á quien no me ha sido posible detener.

SAND. (Id.) Ella!

ANT. (Id.) Aquí está!

SAND. (Id.) Marcha.) (Antonio se va.)

SAL. (Qué veo! Una mujer!)

SAND. Á propósito... Esta es la dama de quien hablábamos ántes.

BAR. Señora!... (Haciendo una reverencia.)

SAL. Señora!... (Id.)

BAR. He hallado en esta casa algunos objetos que pertenecen á usted, y encargaba que se los devolvieran.

SAL. Agradezco la atencion...

BAR. Me vuelvo á mi cuarto.

SAL. (Á su cuarto!)

BAR. Á qué hora comeremos?

SAND. Á las siete.

BAR. Señora!...
SAL. Señora!... (Váse la Baronesa.)

ESCENA XI.

SALOMÉ, SANDOVAL.

SAL. Perfectamente!... Yo venia á dar á usted una explicacion, y me encuentro con que soy la que debe pedirla!

SAND. Creo que ambos estamos dispensados de semejante detalle.

SAL. Sin embargo, como usted me vió en la estacion...

SAND. Con un amante.

SAL. Se engaña usted! es un inglés.

SAND. Le doy la enhorabuena.

SAL. En tanto que usted...

SAND. En tanto que yo he puesto casa de huéspedes, y alojo en ella á un matrimonio sueco.

SAL. Ah! ésa señora es?... y piensa usted hospedarla por mucho tiempo?

SAND. Por el que ella guste.

SAL. Es decir... que todo ha terminado entre nosotros?

SAND. Completamente.

SAL. Já, já!... piensa usted darme celos?...

SAND. No; la doy la cesantía.

SAL. Yo venia á dar á usted el pasaporte.

SAND. Pues estamos en paz.

SAL. (Eso lo veremos!) Desde hoy buenos amigos?

SAND. De todo corazon.

SAL. Adios, infiel. (Le da la mano.)

SAND. Adios, leal... ah! toma con los pendientes esta carta, que pensaba remitirte.

SAL. (La toma.) Una carta!... De quién?

SAND. Del marqués de Kimperblock.

SAL. Kimperblock!... creo recordar el título... ah!... sí! Y á qué fin me escribe ese necio?

SAND. Leyendo lo sabrás.

SAL. Veamos.

MÚSICA.

(Leyendo.) «Querida amiga mia:

»si la fortuna impía

»mi nombre de tu mente no borró,

»alegra el rostro bello,

»y acuérdate de aquello

»que tan fotografiado en mí quedó.

»Yo te ví, rutilante como Febo,

»tu luz desparramando en un café;

»ponche tomabas de limon y huevo,

»que yo, rendido y fino, te pagué.

»Con tal galantería

»gané tu simpatía,

»creciendo en mí la plácida emocion;

»con suerte tan expresa,

»que me acerqué á tu mesa

»y te pinté mi extraña situacion.

»Y tanto te rogué,

»y tal mi dicha fué,

»que al fin salimos juntos del café.

»Y viendo mi pasion,

»cedió tu corazon,

»jurándome lo que era de cajon.

»Pasamos seis semanas

»en bailes y jaranas,

»corriendo ya en berlina, ya en landó.

»Comprándote, en memoria

»de dicha tan notoria,

»diez trajes, seis sortijas y un reló.

»Basta ya del recuerdo que alela,

»y hablemos del objeto principal.

»El que te lleva la presente esquila,

»mi amigo y compatriota es muy leal.

»Te ruego que le estimes,

»le trates y le mimes,

»cual sabes cuando llega la ocasion.
»Y si en tu amor se aferra,
»le mandes á su tierra
»cantando como el gallo de Moron.
»Que fuera indigno de tu claro nombre,
»y en ti vedada y singular merced,
»tener sin juicio por tu amor á un hombre,
»y no intentar pegarle á la pared.
»Querida amiga mia:
»si la fortuna impía
»mi nombre de tu mente no borró,
»alegra el rostro bello,
»y acuérdate de aquello
»que tan impreso en mí quedó.»

Y quién es este señor que me recomiendan?
SAND. El Baron de Grondemarck, esposo de la señora que acabas de ver.
SAL. Es una Baronesa!... y por cierto muy bella. Le felicito á usted.
SAND. Todavía no.
SAL. Y la figura del Baron?...
SAND. Héle aquí.

ESCENA XII.

DICHOS, el BARON.

BARON. Ya estoy listo! (Cielos!... qué mujer!)
SAND. (Ap. al Baron.) Señor Baron, es ella!
BARON. (Id. á Sandoval.) Ah! es ella! (Con entusiasmo.) Ella! (Con frialdad.) Y quién es ella?
SAND. Salomé!
BARON. Oh!... Señora!...
SAL. (Presentándole.) El Baron de Grondemarck.
BARON. Con todos sus atributos.
SAL. El marqués de Kimberblock, es uno de mis predilectos

amigos, y distinguiré con mi afecto á la digna persona que tan eficazmente me recomienda.

BARON. Ha leído usted la carta?

SAL. Desde la cruz á la fecha.

BARON. Y cuál es la respuesta?

SAL. Supongo que me dispensará usted el obsequio de ir á saberla á mi casa.

BARON. Cuándo?

SAL. Un día en que yo reciba.

BARON. Y por qué no hoy mismo?

SAL. Señor Baron, respete usted las leyes de la etiqueta. (Ahora tengo en mi mano la venganza.) Caballero!. . (Saludando.)

BARON. Señorita!...

SAL. (Oh! (Mirando á Sandoval.) no te reirás impunemente.) (Váse.)

ESCENA XIII.

SANDOVAL, BARON, luego PEPE con rendingolte, luego ANTONIO.

BARON. Es encantadora! Sabe usted los días en que recibe?

SAND. Ella recibe... siempre que puede.

BARON. Yo hubiera preferido que fuera hoy mismo. Diantre! las siete menos diez! Se aproxima la hora de comer.

SAND. (Con tal de que no falten mis convidados...)

ANT. El señor Tirabuzon! (Anuncia y se va.)

SAND. Ah!... El mayor del hotel!

PEPE. (Ap. á Sandoval) Estoy bien?

SAND. Magníficamente! Y los otros?

PEPE. (Id.) No faltarán.

SAND. Señor Baron! Le dejo á usted en la amable compañía del mayor. Yo voy á ocuparme de la comida. (Váse.)

ESCENA XIV.

El BARON, PEPE.

BARON. Conque... usted es el mayor?

- PEPE. Entre todos los mayores.
- BARON. Dispense usted mi ignorancia, como soy extranjero...
Qué significa aquí un mayor?
- PEPE. Los hay de diferentes clases. Tenemos el mayordomo mayor, el montero mayor... hay tambien el tambor mayor y el sacristan mayor; ninguno de esos soy yo. Por último, hay el mayor de la fonda, cuyo alto cargo tengo el honor de desempeñar.
- BARON. Pero en qué consiste ese cargo?
- PEPE. Escúchelo usted.

MUSICA.

Busco y escojo el buen manjar,
pongo la lista del menú,
miro la mesa preparar,
y alisto en breve el ambigú.
Corto las lonjas del jamon,
rompo el testuz de jabalí,
trinchan mis manos el capon
y parto en regla la perdiz.

Soy el superior,
soy el dictador,
riño al camarero,
multo al cocinero,
peno al inspector
con igual rigor.

De mi furia
nadie libra,
tengo mucha fibra,
yo soy el mayor,
sí señor.

Tengo esquisito el paladar,
todos los vinos pruebo aquí,
nadie me puede á mí colar
por Valdepeñas, chacolí.

Sirvo coñac al que es francés,
doy manzanilla al andaluz,
rom de Jamáica, al grave inglés
y al de Marruecos alcucuz.

Soy el superior,
soy el dictador,
riño al camarero,
peno al inspector
con igual rigor.

De mi furia
nadie libra,
tengo mucha fibra,
Si señor.

Ya sabe usted lo que es un mayor.

BARON. En efecto; es un cargo muy delicado.

PEPE. Pero qué veo?

BARON. Eh?

PEPE. Va usted á presentarse en la comida con esa cabeza?...
El pelo largo y enmarañado! Yo no puedo permitir...
(Saca unas tijeras.)

BARON. Qué intenta usted?

PEPE. Voy á trasquilarle en dos minutos. Siéntese usted.

BARON. De ninguna manera!

PEPE. Voy á dejarle la cabeza como una cidra.

BARON. Si me toca usted á un pelo le estrangulo.

ESCENA XV.

DICHOS, SANDOVAL, despues convidados de ambos sexos, luego GABRIELA
con las insignias de brigadier en su traje.

SAND. Señor Mayor, qué es esto? Los huéspedes esperan la
comida.

PEPE. Ah! Eso es de más importancia, pero despues... (Ense-
ñando las tijeras.)

BARON. Vaya usted al infierno.

SAND. Hélos aquí! Señor Baron, tengo el honor de presentárselos, y le prevengo que casi todos son alemanes.

MUSICA.

CORO. Penetremos alzando el grito
en esta parte del hotel,
nos devora el apetito,
y pedimos de comer.

(Sale Gabriela.)

SAND. Aquí os presento á doña Aurora
Zarzaparrilla y Zazamora.

BARON. Yo la saludo muy cortés.
Mas por qué la amargura
en su frente se ve?

CORO. Por qué fatal tristura
su frente deja ver?

Por qué? por qué? por qué?

GAB. Mi marido, marcial brigadier,
murió de las viruelas,
y yo guardo en mi neceser
su casco y sus espuelas.

Gimo y lloro sin descansar,
con pena tan aguda,
que yo bien sé,
sin vacilar,

que su sombra me escuda,
y está contento el brigadier.

Yo lo sé;

quién lo duda?

que lo estará mi brigadier.

CORO. Sí: lo estará su brigadier.

(Todos hacen saludo militar.)

GAB. Desde el día en que viuda quedé...
astucias del demonio,
de galanes, inmenso tropel
me pide matrimonio;

y prosigo en mi soledad
tan firme y testaruda,
que yo bien sé,
sin vacilar,
que su sombra me escuda,
y está contento el brigadier.

Yo lo sé,
quién lo duda?...
que lo estará mi brigadier.
Sí, lo estará su brigadier.

TODOS.

SAND.

Señores y señoras,
la sopa está.

TODOS.

SAND.

Wir Wollen essen, essen, essen.

BARON.

Están hablando en aleman.
Por su descaro y *sans façon*,
ya me molesta y empalaga
tan záfia reunion.

SAND.

Por el dinero que usted paga
no puede ser mejor.

BARON.

Entónces, á mi ver,
esta es otra torre de Babel.

SAND.

Personas dignas que lo habitan
alaban y celebran el hotel.

PEPE.

La sopa está,
¡por San Crispin!

Vamos pronto, señor Baron,
marchen todos sin dilacion.

CORO.

La sopa está,
¡por San Crispin!

á la mesa sin más demora,
que la carpanta me devora.

GAB.

Anf der Berliner Bruck,
lá, lá, lá, lá, lá, lá,
mab' ich doct immer Gluck,
lá, lá, lá, lá, lá, lá,
Mein vater ist ein schneider.
und ein schneider ister,

und weuner was schneidet so
istis mit der scheer,
lodo lodoul, lolo lodoul,
lodo lodoul, lolo lodoul,
lá, lá, lá, lá, lá, lá.

(Marcando con la cabeza y los hombros el compás de la tirolesa.)

TODOS. (Imitando los movimientos de Gabriela.)

Lá, lá, lá, lá, lá, lá...

Comamos, bebamos aprisa,
y el mundo tomemos á risa.

Bien por el Baron,

siga la funcion.

(Marcha general dirigiéndose al comedor.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Salon magníficamente preparado para recibir.—Puerta al foro, y laterales.

ESCENA PRIMERA.

GABRIELA, JACINTA, CLARA, JULIA, LUISA, PEPE, ANTONIO, luego BERNABÉ.

Al levantarse el telon, aparecen todos ocupados en encender las lámparas, adornar las jardineras y arreglar los muebles.

MUSICA.

Todos. Aumentad de luz el foco
 en el gran salon,
 que ya debe tardar poco
 el señor Baron.
 Disponed,
 encended
 las arañas y quinqués.
 Vamos, pues.

BERN. Perfectamente! el salon se encuentra ya preparado con grandiosa suntuosidad.

- PEPE. Digna de los personajes que han de honrarlo.
BERN. Celebro que tú y la linda Gabriela, seais tambien de la partida.
- GAB. Cumplimos las órdenes del señorito Sandoval.
BERN. Y lo hareis á las mil maravillas. Tú eres el primer tuno del orbe.
- PEPE. Me confunde tal elogio.
BERN. Y Gabriela la más lista de cuantas manejan la aguja.
PEPE. De marear.
GAB. Es usted muy galante.
BERN. Pero necesito pasar revista de inspeccion á los demas artistas que han de tomar parte en la comedia. Empecemos por las primas donnas.
- JAC. Usted dirá.
BERN. Bien! Jacinta... la doncella favorita de mi tia.
JAC. La señora marquesa me distingue con su aprecio.
BERN. Porque eres la más lista. Espero por lo tanto, que desempeñarás magistralmente el papel que se te confie en esta farsa. Y entre paréntesis, sabes que eres muy guapa?
- JAC. No lo ha reparado usted hasta hoy?
BERN. (Qué necios somos los hombres! Buscamos la dicha en la casa del vecino, teniéndola en la nuestra. Ay! qué cintura!) (La abraza.) Clara! otra de las doncellas. Ay! qué talle! (La abraza.) Luisa y Julia, las hijas del portero! (Pero qué necios somos los hombres, buscamos la... ¡Ay! qué cuerpos!) Hola! tambien Antonio, el ayuda de cámara de mi amigo Sandoval.
- ANT. Todos personajes de la más alta distincion!
BERN. Marcha á ponerte de vigía, por si el Baron llega.
ANT. Al momento (Váse.)

ESCENA II.

DICHOS, menos ANTONIO.

- BERN. Me asalta un temor. El Baron os habrá visto en casa de Sandoval?

- PEPE. Ese no es inconveniente. Nos presentaremos á sus ojos enteramente trasformados.
- GAB. Con trajes de novedad y fantasía.
- BERN. Habeis preparado los vuestros?
- JAC. Y los de todos. Tenemos á nuestra disposicion el guardaropa de la señora marquesa y el de su difunto esposo, que fué general y embajador, y... qué sé yo!
- BERN. Magnifico! Pues á vestirse.
- TODOS. Vamos.
- PEPE. Alto, señores! Me ocurre una duda.
- BERN. Habla.
- PEPE. Si los sirvientes de esta casa son los invitados á la *soirée*, en la *soirée* no habrá sirvientes.
- BERN. Diab!o! es verdad! Y todo el plan viene á tierra.
- TODOS. Qué lástima!
- PEPE. No hay que desmayar. Habrá convidados, y lacayos, y ujieres, y todo lo necesario. Yo me encargo de ello.
- BERN. Ah! buena pieza!

MUSICA.

- PEPE. Lo hareis con sal y primor?
Podeis marchar sin temor.
- BERN. Prensad el entendimiento.
- GAB. Mentiremos con talento.
- PEPE. Solapados,
redomados,
listos é impertérritos,
pensaremos,
forjaremos
planes estratégicos.
Es patente,
que el sirviente
de personas clásicas,
usa pronto,
si no es tonto,

formas diplomáticas.
Todos estos
son dispuestos,
y tomarán rápidos,
el pulido,
distinguido
porte aristocrático.
BERN. Tino y perspicacia.
PEPE. Tengo remucha gracia.
TODOS. En nuestro celo fiad.
PEPE. Con ingenio singular
y contumelia especial,
lograremos que el Baron,
en tan alegre funcion,
ensanche el esternon.
TODOS. Esponje el corazon...
PEPE. Y toque con fruicion...
TODOS. Un solo de violon,
violon, violon, violon,
violon, violon, violon.
Guerra, pues, y alcancemos todos
lauro inmortal,
disparatando de mil modos
sin descansar.
BERN. Bien por mi fe!
vais á ganar
imponderable celebridad.
TODOS. La ganaremos, en verdad.
PEPE. Con travesura,
con donosura,
realizaremos
la diversion.
TODOS. Ya mi ventura
plácida augura,
que nos reiremos
del buen Baron.
GAB. Yo le reto

y le prometo
que ha de ver atónito,
mis maneras
zalameras

y mi gesto cómico.

De princesas

y duquesas

tengo yo un catálogo,

del que copio

y fina acopio

los modales gráficos.

No haya miedo

que el enredo

pierda en lo más mínimo.

Para cosas

tan donósas

tengo mucho agilibus.

BERN. Tino y perspicacia!

PEPE. Tiene remucha gracia!;

TODOS. En nuestro celo fiad.

PEPE. Con ingenio singular
y contumelia especial,
lograremos que el Baron
en tan alegre funcion,
ensanche el esternon.

TODOS. Esponje el corazon.

PEPE. Y toque con traicion.

TODOS. Un soló de violon.

Resuelto está
y así se hará. (Vánse.)

ESCENA III.

BERNABÉ luego SANDOVAL.

BERN. Marchad, valientes, á contribuir al triunfo de mi amigo Sandoval.

SAND. Me llamabas? Aquí me tienes en cuerpo y alma.

- BERN. Te nombraba para aclamarte vencedor.
- SAND. Está todo preparado?
- BERN. Ya lo ves.
- SAND. Magnífico! encantador!
- BERN. Y la Baronesa?
- SAND. En el Teatro Real con su marido. Terminada la función volverán á casa, y si el Baron concurre como espero, á este sarao, su esposa irá conmigo al baile de trajes que se da esta noche en el Conservatorio, á beneficio... de no sé qué víctimas.
- BERN. Si son las del matrimonio, debe reclamar su parte el Baron.
- SAND. Esta tarde me ha hecho sudar tinta.
- BERN. Amigo, no hay atajo sin...
- SAND. Figúrate, que pidió un coche para ir á paseo. En el momento mandé enganchar mi carretela, y bajé la escalera ébrio de placer, porque iba á pasar algunas horas al lado de la Baronesa. Es tan bonita!... Verdad que es muy bonita?
- BERN. Sigue, hombre, sigue. No vengas con tu entusiasmo á entibiar mi heroísmo. Ya estás en el carruaje.
- SAND. Qué si quieres! Al poner el pie en el estribo, me mandó el maldito Baron con el ceño mas indigesto, que me subiera al pescante; porque ni él ni su esposa estaban acostumbrados á pasear con los dependientes de las fondas.
- BERN. Y subiste?
- SAND. Qué habia de hacer? El negarme podia escitar sus sospechas. Lo cargante fué, que todos nuestros amigos, el vizconde, Enrique, Alfredo... en fin, toda la trunca paseaba á caballo por la Castellana, y rodeó el carruaje, descargando sobre mí un diluvio de epigramas y chanzonetas.
- BERN. Á fe que los chicos son cortos.
- SAND. El Baron concluyó por amostazarse, y aprovechando su descontento, le invité á pasar el resto de la tarde viendo alguno de los sitios ó monumentos más concurre-

dos de la córte.

BERN. Y lo llevaste al Monte de piedad?

SAND. No; el Baron determinó que lo condujese al Escorial, creyendo, sin duda, que este monumento estaba en el Portillo de Gilimon, y le llevé en cinco minutos.

BERN. Al Escorial?

SAND. Al de San Lorenzo precisamente, no; pero á una cosa muy parecida. Le llevé á la ermita de la Virgen del Puerto, cuya arquitectura y suntuosidad le dejaron estupefacto.

BERN. Creyendo que era el célebre monasterio? Y hablando de otra cosa... tu huésped habrá recibido una invitacion?

SAND. Redactada en estos términos: «El almirante Garrafús y su esposa, suplican al muy noble baron de Grondemarck, les dispense el honor de asistir á la soirée que dan esta noche...» Quién es el almirante Garrafús?

BERN. No lo adivinas? Yo mismo. Conservo el uniforme que me hice para un baile, y volveré á lucirlo esta noche.

SAND. Que la recepcion sea deslumbradora y me detengais al Baron hasta el amanecer.

BERN. Pierde cuidado. Las chicas invitadas se encargarán de ello.

SAND. A propósito; debo decirte que Salomé será tambien de la partida. Anoche la ví y me prometió contribuir á nuestro proyecto.

BERN. Yo no se lo hubiera confiado.

SAND. Nada temas; hemos quedado buenos amigos. Diablor! son más de las once, y nuestro hombre no puede tardar.

BERN. Si te ve aquí, todo se ha perdido.

PEPE. (De lacayo, con leviton y barba postiza.) El señor Baron de Grondemarck:

SAND. No lo dije?

BERN. Por allí! (Señalando la puerta derecha.)

SAND. Que me cuides al Baron. Yo voy á buscar á la Baronesa. (Váse por la derecha.)

BERN. Y yo á vestirme de almirante suizo. (Id. por la izquierda.)

ESCENA IV.

EL BARON, PEPE.

BARON. (Los salones están desiertos todavía. He venido demasiado temprano.) La señora Almiranta?

PEPE. Chist!

BARON. Cómo chist!... pregunto por...

PEPE. Chist!

BARON. El Almirante Garrafús?

PEPE. Voy á esperar sus órdenes. (Váse.)

BARON. Decididamente he llegado temprano. Como no conozco los usos del pais, nada tiene de extraño. Lo que más me choca, es el silencio que me impone ese criado. Chist! Estarán durmiendo la siesta los dueños de la casa? Tal vez sea la costumbre en España, y no me parece indiscreta, dormir ántes para velar despues. Este Almirante Garrafús... debe ser griego ó turco. El encargado de la fonda dice que es un personaje ilustre. Lo que ha llamado mi atencion, es, que redactado el convite á nombre del almirante y su esposa, no sea aquel extensivo á la mia. Por lo mismo se ha negado esta á venir, lo cual me halaga en extremo, porque así estaré con entera libertad para coquetear con la quemás me guste.

ESCENA V.

DICHO, PEPE, luego ANTONIO.

PEPE. (Anunciando.) El general Charrasca de Punta-roma. (Váse.)

BARON. Gracias á Dios! Ya empiezan á llegar otros convidados. Á lo ménos tendré con quien hablar mientras despiertan los almirantes. El general Charrasca?... no recuerdo ese apellido... Sin embargo, cuando viene aquí debe ser un héroe.

ANT. Caballero!... (Con traje de general peruano.)

BARON. General!

- ANT. Tengo el honor de hablar con el Barón de Grondemarck?
- BARÓN. El honor es... usted me conoce?
- ANT. Conozco los concurrentes á esta casa, y como á usted no le conozco, por eso le he conocido.
- BARÓN. (Oh! qué sagacidad! no me engañé; es un gran general.)
- PEPE. (Anunciando.) El príncipe Chupamar, ministro plenipotempancio del Gran Mogol. (Váse.)
- BARÓN. Plenipotempancio!
- ANT. Plenipotenciario ha querido decir. Estos domésticos son tan torpes... El príncipe Chupamar! el ideal de la diplomacia... el alma de la política internacional!
- PEPE. Ejem! ejem! (Con uniforme de diplomático.)
- ANT. Excelso príncipe!
- PEPE. Oh, general! (Se dan la mano.)
- ANT. El Barón de Grondemarck.
- PEPE. Nobilísimo título.
- ANT. El príncipe Chupamar! (Al oído.) El primer diplomático del mundo. Príncipe, á usted le toca ahora presentarme.
- PEPE. El general Charrasca de Punta-roma. El primer tic tac...
- ANT. Tac tic...
- PEPE. Eso es, el primer táctico de la época.
- BARÓN. (Estoy entre dos celebridades.) Pero el Almirante y su ilustre esposa?...
- PEPE. Chist!
- ANT. Chist!
- BARÓN. Chist! (Vamos, dormirán todavía.)
- PEPE. Y qué tal le parece á usted Madrid, señor Barón? Díganos algo de sus primeras impresiones.
- BARÓN. Oh! Madrid me parece bellissimo; si bien se me figuran algo exagerados los elogios que escuché en el extranjero de alguna de sus maravillas. Por ejemplo, el Escorial me parece menos grandioso de lo que nos le pintan.
- PEPE. Usted lo ha visto?
- BARÓN. Ayer tarde.

- ANT. Ah! ya comprendo. Usted habrá visto el pequeño Escorial. El Escorial de bolsillo, que tenemos aquí para los viajeros impacientes. Pero el gran Escorial levantado por Cárlo Magno...
- PEPE. Dispense usted, general: levantado por Cárlos cuarto.
- ANT. Es igual. Unos le dicen Cárlos cuarto y otros el Temerario.
- PEPE. Y otros el Terso; pero el personaje es el mismo, general. En historia no hay quien me moje la oreja.
- BARON. (Son dos tinajas de ciencia!)
- PEPE. Pues bien, en cuanto al gran Escorial, yo mismo tendré el honor de acompañar á usted cuando lo visite.
- ANT. Príncipe, ese es un acompañamiento que no puedo permitir.
- PEPE. Por qué?
- ANT. El Baron me pertenece para esa expedicion, y no permitiré que nadie me le birle.
- PEPE. Qué está usted diciendo?
- ANT. Que irá conmigo.
- PEPE. No, sino conmigo.
- ANT. Repito que le acompañaré.
- PEPE. Sostengo que irá á mi lado.
- ANT. Pero se ha visto jamás tal avilantez. El diplomático de aldea!
- PEPE. El general de paco... paco... la cólera no me ¡deja decir de pacotilla.
- BARON. Suplico á ustedes!... incomodarse por una cosa tan pequeña como el Escorial!
- ANT. Silencio! Señores, la Almiranta!

ESCENA VI.

- DICHOS, GABRIELA que aparece en la puerta del foro con riquísimo traje.
PEPE y ANTONIO van á recibirla.
- BARON. La Almiranta! (Es hermosísima! Y la encuentro cierta semejanza...)
- PEPE. El Baron de Grondemark.

- BARON. He tenido el honor, señora, de recibir su lisongera invitación, y me apresuro á rendir á los piés de usted, el homenaje de mi más distinguida consideración.
- GAB. Yo me regocijo y me regodeo, caballero, al recibirle es este relumbrante recinto, y al reiterarle el resfulgente y realzado rrenuevo de mi rreconocimiento.
- BARON. (Qué elegancia tan rrefinada!) Tendré el gusto de ver pronto al famoso Almirante?
- GAB. Todavía se dilateará su debeat.
- BARON. Se encuentra enfermo?
- GAB. Por más que se compendia, no puede embotonarse el duniforme.
- PEPE. Habrá engruesado.
- ANT. Oh! el año ha sido tan bueno! (Suena la campanilla.)
- PEPE y ANT. Voy!
- GAB. Escuehan ustedes?
- BARON. Qué significa eso?
- GAB. Significa que se ensoberberece. Como tiene ese carácter tan ultramarino! (Suena otra vez la campanilla.)
- PEPE y ANT. Voy!
- PEPE. Otra vez! General, le ayudamos?
- ANT. Con todas nuestras fuerzas.
- PEPE. Pues andando. Allá vamos. (Vánse precipitadamente por el foro. El Baron los mira estupefacto.)

ESCENA VII.

GABRIELA, el BARON.

- BARON. (Es particular!)
- GAB. En qué rebina usted, Baron?
- BARON. Pienso en que esos señores se alejan de una manera tan singular!
- GAB. Usted siente que nos quedemos sólidos? (Mirada expresiva.)
- BARON. No, por cierto! (Su mirada me perfora el hígado!)
- GAB. Baron, está usted casado?
- BARON. Oh! sí, (y arrepentido!)
- GAB. Existe una mujer. que ha descortezado el sentimiento

- deletéreo de esa concavidad amorosa, y deleiteado su órgano acústico con los arpegios de esa laringe, dulces como el mugido del unicornio?
- BARON. (No he entendido más que lo del unicornio! Esta almiranta habla un español tan sublime! Y cuanto más la miro!...) Tiene usted alguna parienta en Madrid?
- GAB. Una hermana.
- BARON. Viuda?
- GAB. Del brigadier Zarzamora.
- BARON. Son ustedes muy parecidas.
- GAB. Hay muchos que nos confunden. Como está de luto, no puede concurrir á esta reunion. Pero ensílese usted.
- BARON. Eh?
- GAB. Quiero decir, que tome asiento.
- BARON. (Ay! Esta mujer tiene por ojos dos trabucos.)
- GAB. Aquí, á mi lado. (El Baron se sienta en el sofá junto á la Baronesa. Esta extiende la falda de su vestido cubriendo todo el sofá y dejando al Baron oculto completamente.) Baron, en dónde está usted?
- BARON. Con los antipodas, señora. (Asomando la cabeza.)
- GAB. Ah! qué pensará usted de mí! Me habrá tachado de poco ceremoniática.
- BARON. Hasta ahora solo la he tachado de hechicera.
- GAB. Picaruelo! (Dándole un papirotazo en la nariz.)
- BARON. Ay!
- GAB. Me tachará usted de ligera, pero sin razon. Las mujeres de temple febrífugo, necesitamos desbarrar, aturdirnos, porque sufrimos... porque nos falta algo!...
- BARON. Qué les falta á ustedes?
- GAB. Oh! por qué quiere usted saberlo?
- BARON. Porque lo ignoro.
- GAB. Pues bien, nos falta lo que hemos soñado! (Mirándole con ternura.)
- BARON. (Me atraviesa con sus miradas!)
- GAB. Desde muy niñas, soñamos un bello ideal, que buscamos en vano.
- BARON. Usted ha buscado un bello ideal?

- GAB. Y no le encontré!... hasta hoy!
- BARON. Hasta hoy!
- GAB. Ah! Yo no lo he dicho!
- BARON. Lo ha dicho usted.
- GAB. Ah! no!
- BARON. Ah! sí! (Se levantan.)
- GAB. Pollanclon seductor! (Le da otro papirotazo.)
- BARON. Uf! (Pasándola el brazo por la cintura.) La repito, que lo dije.
- GAB. Qué hace usted? (Sin retirarse.) Oh! ya empieza á despreciarme!
- BARON. Almiranta!
- GAB. Siempre Almiranta! Me llamo Inocencia.
- BARON. Pues bien, Inocencia, por qué seré yo casado!
- GAB. Olvida usted que yo lo soy tambien?
- BARON. Cierto! He dicho una tontería.
- GAB. Si no fuera otro el obstáculo!...
- BARON. Prosigá usted.
- GAB. Pero el obstáculo existe ahí! (Señalándole el corazon.) Usted no comprende ese repeluzno epiléptico que se llama amor.
- BARON. En todo su estremecimiento!
- GAB. Ah! no.

MÚSICA.

- Amor es del alma
dichoso consuelo,
dulcísimo anhelo,
luz del corazon.
Amor es la nube
que forma el querube,
su ala de záfir
al batir.
- BARON. Su ala de záfir
al batir.
- LOS DOS. Dulce niño,
con cariño

- préstame, por favor,
las dichas del amor.
- GAB. Mi bien serán.
BARON. Mi dulce afán.
GAB. Mi claro cielo.
BARON. Mi desvelo.
GAB. Hasta aspirar.
BARON. Y más allá!
GAB. Cantar mi loor.
BARON. Neblis de amor.
GAB. Venid, venid,
BARON. Llegad, oid.
LOS DOS. De mi pecho el latido...
GAB. Dolorido.
BARON. Dolorido.
GAB. Venid á tem...
BARON. Plar mi dolor.
GAB. Llegad, llegad.
BARON. Andad, andad.
LOS DOS. Venid, delicias de amor.
GAB. En vuestro albor...
BARON. Embriagador.
LOS DOS. Arrobador.
GAB. Venid por mí.
BARON. Venid por mí.
LOS DOS. Por mí, por mí, por mí!

(Se quedan dormidos: un golpe de orquesta los despierta.)

- GAB. Eh! viene álguien? Tan inefable felicidad no podia durar mucho tiempo!

ESCENA VIII.

DICHOS, PEPE, luego CLARA, despues JACINTA, LUISA, SALOMÉ, ANTONIO
y OTRAS SEÑORAS.

- PEPE. (Anunciando, con eluca y librea.) La vizcondesa de Talle-
alto. (Sale Clara.)

- GAB. Mi querida vizcondesa, cómo va? (Besándola.)
PEPE. La duquesa del Mordisco. (Sale Jacinta.) La duquesa de Corbaseca. (Sale Luisa.)
GAB. Marquesa! Duquesa! (Id.)
JAC. Adorable Almiranta! Esa cara demuestra una satisfacción...
GAB. Se me conoce?
JAC. Á legua! Está usted encendida como la almagra.
GAB. (Ap. al Baron.) Usted me compromete. (Á los demas.) El señor Baron de Grondemarck.
BARON. Señoras!...
ELLAS. Baron... (Profunda reverencia.)
PEPE. (Anunciando.) Doña Salomé Respingo, el susodicho general Charrasca de Punta-roma y otras convidadas. (Salen todos los nombrados.)
BARON. (Salomé!) Qué dichosa casualidad, Señora!
GAB. (Ap. al Baron.) La conoce usted?
BARON. (Id. á Gabriela.) Vengo recomendado á ella.
GAB. (Id.) Pues le prohibo hablarla. (Dando la mano á Salomé.) Amiga Salomé!
SAL. Amable Almiranta!
GAB. (Ap. al Baron.) No la mires.
BARON. (Estoy entre dos fuegos.)
SAL. Cuánta elegancia! Qué peinados! Qué vestidos!
GAB. Siento que los carruajes no hayan podido entrar tambien en el salon. Qué dice usted de esto, amigo mio?
BARON. Que me parece deslumbrador. Las españolas me gustan de todas maneras. En traje de baile, en traje de paseo, en coche, á pie... sobre todo á pie. Hay algunas que van tan monas por esas calles..
SAL. Es que para salir á pie, á nadie envidian la gracia las españolas.

MUSICA.

La más vulgar

en el calzar,
va por Madrid
con su botita,
luciendo un pie,
que el que lo ve,
de mucha calma
necesita.
Hay en su andar
soltura tal,
gracia gentil,
dónaire tanto,
que el que la ve,
va tras su pie
y la promete
eterna fe.
En su vaiven
parece un tren
á toda fuerza
de vapor.
De vapor.
De vapor.
Sus faldas hacen
frú, frú, frú,
y sus botitas
toc, toc, toc.
Sus faldas hacen, etc.
Si lodos hay,
ies natural
el traje alzar
sobre la saya.
Y es de tal prez
lo que se ve,
que el que lo mira
se desmaya.
En su mirar
y marear,
nadie luchó

BARON.
SAL.
Todos.
SAL.

con la española.
Y en el querer,
es la mujer
que al más experto
da que hacer.
En su vaiven
parece un tren
á toda fuerza
de vapor.
De vapor.
De vapor.
Sus faldas hacen
frú, frú, frú,
y sus botitas
toc, toc, toc.
Sus faldas hacen, etc.

BARON.
SAL.

TODOS.

ESCENA IX.

DICHOS, PEPE, de diplomático; luego BERNABÉ, de Almirante, con espuelas y bocina.

PEPE. Señores... ha llegado el momento!
BARON. Qué sucede, ilustre príncipe?
PEPE. Recomiendó la mayor circunspeccion! El Almirante, señores, ya llega el Almirante!
TODOS. El Almirante!
BERN. El Almirante, que pide perdon por su tardanza. Pero no ha sido culpa mia: lo premioso del uniforme me ha detenido.
GAB. (Presentándole.) Mi amigo el señor Baron...
BERN. Oh! cuánto deseo tenia de estrechar esa mano... porque este señor es una de las glorias de la noble Suecia. (Despues de darle la mano se vuelve de espaldas al Baron para dirigirse á los demas. En este momento ve aquel un desgarron que tiene en la espalda la casaca de Bernabé.)

MUSICA.

- BARON. La casaca tiene un desgarron.
TODOS. Desgarron.
SAL. Su casaca tiene un desgarron.
TODOS. Desgarron.
BERN. Mi casaca tiene un desgarron.
TODOS. Desgarron.
Es que al ponérsela veloz,
se dilató!...
reventó!
- BARON. Se vistió lleno de entusiasmo...
JAC. Para venir con prontitud.
BARON. Con el aire cogerá un espasmo.
SAL. Conservar, por Dios, la salud.
BARON. La tronera es atroz!
JAC. Es atroz!
BARON. Es atroz!
La casaca tiene un desgarron.
TODOS. Desgarron.
SAL. Su casaca tiene un desgarron.
TODOS. Desgarron.
BERN. Mi casaca tiene un desgarron.
TODOS. Desgarron.
Es que al ponérsela veloz,
se dilató!...
reventó!
- BARON. Es lastimoso tal desastre.
SAL. En una prenda de valor.
BARON. Sin dilacion mandadla al sastre.
GAB. Y que la zurza con primor.
- BARON. Un uniforme que las balas habrán respetado en tantos combates!...
- GAB. (Ap. al Baron.) Baron, se dirige usted á mi esposo?
- BARON. (Id.) Ciertamente.

- GAB. (Id.) Prométame usted no provocarle.
- BARON. (Id.) Por Dios! soy algun chico de la escuela? por el contrario, le adularé. Almirante, lleva usted unas magnificas espuelas.
- BERN. Están para servir á usted, Baron.
- BARON. Gracias! Y me llaman tanto más la atencion, cuanto que yo creia que los marinos no las usaban.
- BERN. En Suiza, los que como yo, son de caballería, las usan siempre.
- BARON. Ah! de ese modo!... Pero no habiendo mar en Suiza, cómo es usted Almirante de su escuadra?
- BERN. Porque lo soy de nacimiento.
- BARON. Ya!
- BERN. Privilegios de familia. Pero en qué nos detenemos? Voy á llamar para que nos sirvan el buffete.
- ANT. Llamar!
- PEPE. Va usted á llamar?
- JAC. En llamando, vendrán los criados.
- CLARA. Y no podremos divertirnos.
- GAB. Dicen bien. En su presencia es necesario guardar cierta compostura... Almirante, déjate de criados.
- PEPE. En vez de llamarlos, opino por despedirlos.
- ANT. Por confinarlos al último rincón de la casa.
- TODOS. Sí, alejarlos, alejarlos!
- BERN. Como ustedes gusten.
- TODOS. Retirarse, sirvientes, retirarse. (En la puerta del foro.)
- BARON. (Cosa más particular!)
- ANT. Así, Vamos por las mesas?
- TODOS. VAMOS. (Se van todos quedando en escena, el Baron y Salomé.)
- SAL. Concluida la cena quiero que me acompañe usted al baile de máscaras.
- BAR. Al baile? con mil amores! (Sacan una mesa servida Luisa, Jacinta y Clara.)
- JAC. (Ap. á las otras.) Ya lo sabeis; es preciso achisparle.
- LUISA. Le achisparemos, no hay cuidado.
- GAB. (Ap. al Baron cogiéndole bruscamente del brazo.) Hablando con ella en secreto! por qué te gozas en atormen-

tarme?

BARON. Yo?... (Está celosa! Vamos, he caído de piés en Madrid.)

(Antonio, Pepe y los demas sacan otras dos mesas. Á su tiempo se sientan por el órden siguiente. En la de en medio Gabriela, el Baron y Salamé; en la de la derecha, Jacinta, Pepe y Luisa; y en la de la izquierda, Bernabé, Clara y Antonio. Las demas indistintamente.)

MUSICA.

TODOS. Á disfrutar en el festin
expansion y placer sin fin.
Con quietud y templado afan,
aprendamos del italiano,
que nos dice un veraz refran,
qui va piano vive sano,
gordo y jovial.

BARON. Admitireis mi brazo?

SAL. Acepto, buen Baron.

PEPE. Tomad, señora el mio.

JAC. Con gran satisfaccion.

BERN. Yo os ofrezco mi vida.

GAB. Gracias por la merced.

ANT. Es vuestra faz mi cielo.

CLARA. Qué fino y qué cortés.

BERN. Á formar el plan de campaña,
conque nos vamos á achispar?

ANT. Con Borgoña.

(Se dirigen á sus respectivos puestos.)

PEPE. Con champaña.

ANT. Con Noyó.

PEPE. Y con Coñac.

BERN. Y vos, Baron?

BARON. Quien, yo?

con Jerez, Rhin y Rom.

PEPE. Esa respuesta es magistral.

BARON. Para animar la diversion

- es menester cantar contentos
y desbarrar sin cumplimientos.
- TODOS. Y desbarrar sin cumplimientos.
- BERN. Con tal fuerza he suspirado
por las bellas del salón,
que el suspiro ha prolongado
de mi uniforme el desgarrón.
- PEPE. De su casa los honores
mis amigos saben hacer.
El señor nos da licores
y la señora de beber,
- TODOS. Ah! ah!
- PEPE. Ah! ah! (Beben.)
- TODOS. Ya comienza!
- PEPE. Ya comienza!
- Ya gira, gira, gira,
hirviendo, hirviendo, hirviendo,
y sube á la frente
sutil vapor.
- GAB. El fulgor de claras estrellas
no es tan bello ni seductor,
cual lo son de llenas botellas
los claros rayos del licor.
- SAL. De los vinos y los amantes
yo prefiero sin esquivéz,
de los unos los más tunantes,
y de los otros el Jerez.
- TODOS. Ya gira, gira, gira,
hirviendo, hirviendo, hirviendo,
y sube á la frente
sutil vapor.
- GAB. (Brindando.) Por el Baron.
- SAL. Viva el Baron.
- JAC. Por el Baron.
- CLARA. Viva el Baron.
- BARON. Ay! morenas de mi corazón!
Á la marquesa.

- TODOS. Á la marquesa.
BARON. Á la duquesa.
TODOS. Á la duquesa.
BARON. Á la almiranta.
TODOS. Á la almiranta.
BARON. Á la condesa.
TODOS. Á la condesa.
BERN. Baron, por tí, y solo por tí,
 hoy brínda mi voz afanosa.
BARON. General, me gusta tu esposa,
 y tuyo seré hásta morir.
 (Se levanta y baja al proscenio.)
TODOS. Viva el Barón!
BARON. Es mi divisa amor y rom.
 (Todos dejan sus puestos, observando maliciosamente al Barón.)
PEPE. Se achispó!
BERN. Se achispó!
TODOS. Se achispó: peneque está.
ANT. La cogió!
BARON. No es verdad.
GAB. Unos dicen que estoy alegre,
 otros que estoy con seriedad,
 y yo digo que estoy piripí,
 y que prometó estarlo más.
PEPE. Se achispó!
BARON. No es verdad.
SAL. Ya gira, gira, gira,
 hirviente, hirviente, hirviente,
 y sube á la frente
 sutil vapor.
TODOS. Ya subió,
 ya saltó.
 Ay, qué bueno!
 Siga el trueno.

(Bacanal desordenada. El baron baila con Salomé, Pepe con Gabriela, Bernabé con Jacinta, etc.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Salon de baile. Rompimiento al foro que da á otro salon. Galerías laterales.

ESCENA PRIMERA.

Caballeros y señoras vestidos de diferentes épocas y nacionalidades, para un baile de trajes. Al levantarse el telon, aparecen varias parejas valsando. Las restantes cantan.

MUSICA.

Coro. Noche de amor,
noche feliz
al corazon
le espera aquí.
Ya lo siento
de contento
rebullir.

ESCENA II.

DICHOS, SANDOVAL con dominó, luego SALOMÉ con capuchon y careta.

SAND. Id, amigos míos, por esos otros salones á disfrutar las delicias del festin... (Mientras que yo doy cima á mi ex-

traña aventura con la hermosa Baronesa.) (Vánse las máscaras.) Ya no debe tardar. Entró en el tocador, y me prometió venir en seguida á este salon. Qué diablo! y me encuentro conmovido, temeroso como un soldado bisoño ántes de entrar en accion!

SAL. (He visto á la Baronesa en el tocador, y me he puesto un capuchon igual al suyo, para que sea más fácil mi venganza. Oh! aquí está!) (Se pone la careta.)

SAND. (Gracias á Dios!) Ha concluido su tocado la señora Baronesa?

SAL. He tardado tal vez? (Fingiéndola voz.)

SAND. (Ánimo!) Mucho, para quien la esperaba con impaciencia.

SAL. Á mí!... nadie me conoce en el baile.

SAND. Si considera usted que yo no soy nadie...

SAL. Usted!...

SAND. El dependiente de una fonda puede tener un corazon ardiente y apasionado...

SAL. Já! ja! Seria gracioso!

SAND. (No se enoja!) Y haberse abrasado en el fuego de esos ojos.

SAL. Qué oigo! Me parece que eso es hacerme el amor!

SAND. Por lo ménos es insinuarse.

SAL. Pues no me disgusta la insinuacion.

SAND. Que no le disgust!... (Tá! tá! tá! y yo que temia!...)

SAL. Prosiga usted; quiero saber si los españoles saben hacer el amor.

SAND. Señora, se esmeran todo lo posible.

SAL. Tienen fama de zalameros.

SAND. Son algo pegajosos. Cuando ven una mujer como usted, la dicen, que la luz de sus ojos, superando á la de la aurora, esparce en torno la dicha y la alegría.

SAL. Eso dicen los españoles? Pues los suecos dicen más.

SAND. Que su deleitosa boca, diminuto ramillete de nardos y claveles, riquísimo broche de perlas y corales, es el nido en que el amor...

SAL. Adelante: en Suecia dicen más.

- SAND. Que su perfumado aliento embriaga y enloquece al que lo aspira.
- SAL. Todavía más.
- SAND. Que al posarse sus purpurinos labios en la ardorosa frente...
- SAL. Aún dicen más en Suecia.
- SAND. Canario! Qué dicen los suecos para hacer el amor?
- SAL. Mucho más que eso.
- SAND. Más?... Pues tendrán las suecas que taparse los oídos.
- SAL. Por allá, cuando un hombre declara su criminal pasión á una mujer casada, lo primero que la promete, es deshacerla de su marido.
- SAND. Ya lo he procurado yo esta noche.
- SAL. Librarle de él para siempre.
- SAND. Ah! con el divorcio?
- SAL. Eso es poco.
- SAND. Pues no alcanzo...
- SAL. Con la muerte.
- SAND. Con la?... qué atrocidad!
- SAL. Ya que conoce usted el sistema, puede, si gusta, entablar la conquista.
- SAND. Señora, la cuestion es muy grave. Matar á un marido sin más ni más!...
- SAL. Prefiere usted que se entere de todo, y que él me mate á mí?
- SAND. Pero qué necesidad hay de que corra la sangre de ninguno?
- SAL. Piensa usted que el Baron no me pedirá cuentas del engaño de esta noche?
- SAND. Lo pienso, porque no lo sabe.
- SAL. Pluguiese á Dios! pero yo tengo noticia de que va á venir aquí.
- SAND. Él?... imposible!
- SAL. Una máscara acaba de decirme, que en la soireé del Almirante, se ha propuesto, por no sé quién, pasar el resto de la noche en este baile, y en el calor de los licores han aceptado la idea.

- SAND. (Vive Dios! le dejarán escapar!)
- SAL. Usted me ha comprometido.
- SAND. Usted es la que me ha obligado á venir al baile, cuando podíamos haber estado en la fonda muy tranquilos.
- SAL. Dios mio! qué será de mí!
- SAND. Partamos al momento.
- SAL. Y si el Baron ha ido ántes á buscarme?
- SAND. No es posible.
- SAL. Ah! si su amor de usted es verdadero, exterminé á mi marido.
- SAND. Baronesa, eso es menester pensarlo muy despacio.
- SAL. Si se decide usted, mi cariño eterno.
- SAND. Entendido.
- SAL. Una estocada bien dirigida...
- SAND. Sí... á la olla, y se termina pronto.
- SAL. Corro á ver si ha llegado. Espéreme usted aquí. (Váse.)

ESCENA III.

SANDOVAL.

Pero señora!... Esta mujer es una furia! Yo que me la figuraba tan modosa, tan sencilla... y salimos con que es una hiena! Querer que exterminé al pobre Baron! Si la cosa se redujera á retarle y recibir un rasguño, quién sabe! (Se retira un momento por la izquierda.)

ESCENA IV.

DICHO, BARONESA, con traje y capuchon iguales al de SALOMÉ; despues
ÉSTA.

BAR. (Una máscara con capuchon idéntico al mio, ha puesto en mis manos este papel, retirándose al momento. Qué significa?... Veamos. «El que te acompaña en el baile y se finge encargado de un hotel, es don Valentin de Sandoval, el primer libertino de la córte.» Será cierto? Oh! bien dicen, que España es el pais de las aventuras novelescas.)

- SAND. (Aquí está otra vez la hiena.)
BAR. (Ah! él es! (Poniéndose la careta.) No me dará por entendida.) Aquí tan solo y cavizbajo?
SAND. Pero resuelto á atropellar por todo, para salir de esta situación insostenible.
BAR. (No me han engañado.)
SAND. Tiene usted confianza en mí?
BAR. (Sigamos la broma.) Ciegamente.
SAND. (Conque sea miope me contento.) Lo que voy á declarar, quedará entre los dos?
BAR. (Me va á declarar su amor.) Siempre me he preciado de discreta.
SAND. Pues bien: esta noche es la catástrofe.
BAR. Á lo que usted intenta le llama catástrofe? yo creo que puede ser una cosa muy divertida.
SAND. Oh! muchísimo! (Esta Baronesa es una fiera.)
BAR. Y bien?
SAND. Ha venido ese hombre?
BAR. Qué hombre?
SAND. El condenado á muerte.
BAR. No comprendo...
SAND. El Baron. Esta noche lo mato.
BAR. Matar al Baron! Já!... já!... Lo toma usted por lo romántico?
SAND. Pero señora!...

SAL. (Que ha oído las últimas palabras.) Matar al Baron!... Le ha dado esta noche por lo terrorífico!
SAND. (Qué es esto?)

MUSICA.

- SAL. Te conocí!
SAND. Me conoció!
BAR. Te conocí!
SAL. Este señor es mi pareja,
bello, simpático y gentil,

que con la piel de mansa oveja,
de lobo tiene astuto ardid.
Te conocí!
SAND. Me conocíó!
BAR. Te conocí!
Este galante caballero,
bello, simpático y gentil,
es el señor más marrullero
de cuantos andan por Madrid.
Te conocí!
SAND. Me conocíó!
SAL. Te conocí!
Y es un dolor que siendo el mozo
más reputado del país,
mire su gozo ya en un pozo,
y su aventura esté en un tris.
Te conocí!
SAND. Me conocíó!
BAR. Te conocí!
(Váñse las dos, riendo, por la derecha.)

ESCENA V.

SANDOVAL.

Pues me estoy divirtiendo! Las dos con igual disfraz, y enteradas del objeto que me trae al baile! Este es un complot de mano maestra. Pero quién lo ha fraguado? Qué veo! El Baron! Allí viene con Bernabé y Antonio! El aviso era cierto. Vive Dios! Pues yo no me rindo, ni abandono el campo aunque luche con triplicados enemigos. (Váñse por la derecha.)

ESCENA VI.

BERNABÉ, BARON, ANTONIO, cogidos del brazo, y con los mismos trajes del final del acto tercero.

MUSICA.

LOS TRES. Va gira, gira, gira,
hirviendo, hirviendo, hirviendo,
y sube á la frente
sutil vapor.

BARON. Pero dónde se ha metido Salomé? Ella fué la que me levantó de cascos para venir al baile, y no la veo por ninguna parte.

BERN. Los vapores del Borgoña la tendrán descansando en su lecho. (Ap. á Antonio.) Has visto á tu amo?

ANT. (Id. á Bernabé.) No señor.

BERN. (Id.) Es preciso buscarle. (Al Baron.) Nosotros somos más fuertes. Verdad, Baron?

BARON. Por mi parte puedo asegurar, que me encuentro dispuesto á despavilar otras diez botellas.

BERN. Magnífica idea!

ANT. Me adhiero al proyecto.

BERN. General, si fuera usted tan amable, que se llegase á la repostería á preparar...

ANT. Un pequeño refrigerio para los tres? Con mucho gusto, Almirante.

BARON. Nada de comida.

ANT. Al amanecer seria una locura!... Lo que conviene ahora, es matar el gusano con unos cuantos latigazos de Chinchón.

BARON. (Matar á latigazos!...)

BERN. (Ap. á Antonio.) Procura encontrar á tu amo por ese lado, y avísale la venida del Baron. Yo iré por este otro con el mismo objeto.

ANT. (Id. á Bernabé.) Descuide usted.) (Váse por la izquierda.)

ESCENA VII.

BERNABÉ, BARON.

BARON. Dígame usted, qué animal es ese que quiere matar nuestro amigo?

BERN. El general ha usado, contra su costumbre, una frase vulgar. Matar el gusano, quiere decir, tomar la mañana.

BARON. Ya comprendo. Ustedes matan el suyo por la mañana? El mio no tiene hora segura.

BERN. Pero hemos descuidado lo principal. A este baile no se puede venir más que de uniforme ó con disfraz.

BARON. Un baile que cuesta el dinero!...

BERN. Pero da su programa, y usted está fuera de él. Es necesario que se ponga usted un traje.

BARON. Y dónde le encuentro ahora?

BERN. Dentro del local lo habrá de alquiler. Yo me encargo de buscarlo.

BARON. Tanta bondad, mi querido Almirante!

BERN. Entre tanto, no se mueva usted de aquí. Vuelvo en seguida. (Vase por la derecha.)

ESCENA VIII.

BARON, luego SALOMÉ, con careta.

BARON. Qué amigos tan distinguidos y serviciales! En el Norte se necesita tratar á las personas meses y años para intimar con ellas. Aquí, á las veinticuatro horas cuento con la amistad de príncipes, almirantes, y sobre todo, con el amor de mujeres nobilísimas y bellas. Encantador país!

SAL. Adios, Baron.

BARON. (Eh! quién será esta?)

SAL. Al fin te encuentro.

- BARON. Me buscabas?
SAL. Con toda mi alma.
BARON. Luego me conoces?
SAL. Te conozco... y te amo!
BARON. Si?
SAL. Desde hace mucho tiempo.
BARON. Te advierto, que llegué ayer á este pueblo.
SAL. Yo he corrido muchos en pos de tí.
BARON. Pues no lo he reparado.
SAL. Yo viajaba cantando como una alondra.
BARON. Y yo durmiendo como un liron.
SAL. No han llegado nunca á tí mis melodías? Yo lo digo todo cantando.
BARON. Como los serenæs.
SAL. Escucha.

MUSICA.

Con mortal dolor
vago por el mundo,
llorando un profundo,
sincero amor.
Ando tras de tí,
cual la mariposa
vá tras el candil
en que ha de morir.
Tal es, sin par Baron,
mi triste situacion.
Y aburrida con tan fieros enojos,
ni pego los ojos,
ni quiero comer,
ni puedo beber,
ni el lujo me absorbe,
ni nada en el orbe
me causa placer.
Mi cara es bonita,

fresca mi boca,
mi talle sutil,
mi pie chiquitin.
Siguiendo tu pista
voy como loca,
y nunca tu vista
fijastes en mí.
Yo pudiera por tan duros agravios
la hiel de mis labios
hacerte probar.
Mas soy tan leal,
que el fiero suplicio
con un beneficio
te voy á pagar.
Tu menguada suerte
quiso traerte
al centro de España con tu mujer.
Un guapo mancebo
tiéndela el cebo,
y si te descuidas, caerá en la red.
En el baile, aunque de ira te llenes,
juntitos los tienes
hablando de amor.
Él es seductor,
y si ella se ablanda,
en mal trance anda
tu límpido honor.
Lo mas chusco es,
que el pícaro amante
te dió por hotel
su propia mansion.
Y tu candidez
creyó que el tunante
llenaba importante
servil comision.
El nombre me resta del atrevido
que en tales hazañas es proverbial;

- ese hombre inconstante y feimentido
es don Valentin Luis de Sandoval.
- BARON. Supongo, máscara, que cuanto has contado, es una broma propia del lugar en que estamos?
- SAL. No, Baron: es una verdad.
- BARON. Imposible! Burlarme de esa manera...
- SAL. Sí lo dudas, recorre esos salones, y pronto encontrarás á tu bella esposa en amoroso coloquio con el libertino Sandoval.
- BARON. No puede ser! Mi esposa duerme tranquila en la fonda:
- SAL. Si?... Ves un galan que se divisa en aquel salon? (Señalando la derecha.) vestido de Clodoveo?
- BARON. De Clodoveo? Le veo.
- SAL. No, el de más allá; el del dominó. Óbservas la dama que lleva á su lado?
- BARON. Con capuchon como el tuyo?
- SAL. Tan rendida y melosa, que apoyada en el brazo de su Adonis, le sigue con inseguro pie?
- BARON. Sí; ya distingo del pie que cojea.
- SAL. Pues esa dama es la Baronesa, y él, míralo bien, su descarado burlador, don Valentin de Sandoval!
- BARON. No hay duda! Oh! voy á beber su sangre!
- SAL. Déjate de beber por hoy. Lo que conviene es, que te lleves á tu esposa, lejos, muy lejos.
- BARON. Sí, pero ántes morirá á mis manos ese infame. Voy á pegarle treinta y siete estocadas en el bazo.

ESCENA IX.

DICHOS, BERNABÉ.

- BERN. Baron, mi querido Baron, ya tengo para usted un magnífico vestido.
- BARON. Dispéñese usted, almirante, me llaman atenciones más parentorias.

- BERN. Acudirá usted despues. Lo primero es disfrazarse.
- BARON. Lo primero es vengar una terrible ofensa. Usted será mi padrino.
- BERN. Contra quién?
- BARON. Conoce usted á aquel hombre?
- BERN. Cuál?
- BARON. Aquel... vestido á la usanza de... no sé qué rey?
- BERN. De Chindasvinto?
- BARON. Quiá!... el de...
- BERN. Y qué?
- BARON. Le voy á matar.
- BERN. Está usted en su juicio? usted sabe quién es ese Chindasvinto?
- BARON. Un miserable!
- BERN. Usted sabe, que se necesita ser un gran deschindasvintanizar para deschindasvintanizarle?
- BARON. Pues yo le juro, que le deschindasvintanizaré.
- BERN. Corriente. Pero nada podemos hacer sobre el particular, si usted no se muda ántes de traje.
- BARON. Dale con el traje.
- BERN. (Ganaremos tiempo á lo ménos.) El programa es terminante.
- BARON. Más terminante es mi cólera.
- SAL. El Almirante tiene razon.
- BERN. Se expone usted á que lo lancen de los salones.
- SAL. Digo!... y ahora que viene hácia aquí una multitud de máscaras!
- BERN. Bacila usted todavía?
- BARON. Bien. Me vestiré de arlequin ó de lo que usted guste; pero en seguida devoro á ese hombre.
- SAL. Eso! eso!
- BERN. Vamos!
- BARON. Lo dicho! me lo almuerzo! (Vánse.)

ESCENA X.

CABALLEROS y SEÑORAS disfrazados, luego GABRIELA y PEPE, con los trajes del final del acto tercero.

MUSICA.

- CORO. Penetremos sin rebozo
en el mágico salon,
aumentando el alborozo
de tan grata diversion.
Suene el grito ya
de infernal bacanal.
Disfrutemos con avidez
esta vez
del fugaz eden.
Cantemos todos con vigor
de los placeres en honor.
- PEPE. Alto, señores! Os presento
una modista de raro talento,
con juventud
y gran riqueza de virtud.
- TODOS. Turlututu!... turlututu!
- GAB. Vió la modista cierto día
un elegante sangrador.
- PEPE. El sangrador, con alegría
en la modista reparó.
- GAB. Ella, sencilla y pudorosa
negra se puso de rubor.
- PEPE. Él, al mirarla tan graciosa,
caripajizo se quedó.
- GAB. Ella sintió emocion notoria.
Él traspiró glacial sudor.
- LOS DOS. Así empezó la tierna historia
de la modista y sangrador.
- TODOS. Así empezó la tierna historia
de la modista y sangrador.

- GAB. Vió la modista con pavura
que iba á sufrir letal sopor.
PEPE. Él la cogió por la cintura,
y la infeliz se desmayó.
GAB. Cuando volvió, con dulce anhelo
fijó la vista en su amador.
PEPE. Él la miraba como lelo,
y su querer le declaró.
GAB. Ella juró constancia tierna.
PEPE. Él prometió constante amor.
LOS DOS. Y terminó la historia tierna
de la modista y sangrador.

ESCENA XI.

DICHOS, SANDOVAL, luego BERNABÉ, después el BARON vestido de banderillero.

- SAND. (Por vida de mi abuela, que no puedo averiguar quién es la verdadera Baronesa!)
- PEPE. Qué veo! Usted por aquí? Viva don Valentin de Sandoval!
- TODOS. Viva!
- SAND. Dí, bergante; por qué habeis dejado escapar al Baron?
- PEPE. Nos ha sido imposible detenerle. Apenas le habló Salomé del baile de máscaras...
- SAND. (Salomé? Ahora lo comprendo todo!)
- BERN. Voto á una legion de diablos! al fin, doy contigo!
- SAND. Qué pasa?
- BERN. Que el Baron lo sabe todo, y te busca dispuesto á romperte el bautismo. Huye!
- SAND. Estás demente? Huir!...
- BERN. Mira que me sigue muy de cerca!
- SAND. Qué me importa!
- BERN. Aquí está.
- BARON. (Debo estar hecho un dije con este traje.)
- GAB. Vestido de banderillero!

- TODOS. (Cantando y batiendo palmas.)
Con el vito, vito, vito,
con el vito, vito, va,
nunca estuvo más bonito
el Baron de Grondemark.
- BARON. Señores, comprendo que estaré muy bonito; pero no tengo el humor para bromas. Dónde está don Valentin de Sandoval?
- SAND. Aquí.
- BARON. Caballero, tenemos que ajustar una terrible cuenta.
- SAND. Me tiene usted á sus órdenes.
- GAB. Cielos! van á batirse!
- TODOS. Á batirse!
- PEPE. No hay que asustarse. Este es un lance de honor. Dejados á los cuatro para arreglarlo.
- GAB. Mientras ellos se matan nosotros bailaremos.
- SAND. Sí, marchad. (Vánse.)

ESCENA XII.

SANDOVAL, PEPE, BARON, BERNABÉ.

- BARON. Almirante, suplico á usted de nuevo que sea mi padrino.
- BERN. Con el mayor gusto.
- SAND. Caballero, usted lo será mio.
- PEPE. No tengo inconveniente. Supongo que el lance será á muerte?
- SAND. Como guste mi adversario.
- BERN. Sí, á cádaver limpio.
- BARON. Señores; poco á poco... Tambien puede ser á primera sangre.
- BERN. Nada, nada: á esqueleto seco.
- BARON. Adelante. (Estos marinos son atroces!)
- PEPE. Yo no tengo necesidad de saber el motivo del reto.
- BERN. Ni yo.
- PEPE. Los padrinos de conciencia no descienden á esas pequeñeces.

- BARON. Sin embargo, bueno será probar que me asiste la razón.
- SAND. La razón la tendrá el que venza.
- PEPE. Señores, no perdamos tiempo. El desafío puede llevarse á efecto en este momento y aquí mismo.
- BERN. Convenidos.
- BARON. De qué manera?
- PEPE. Cada uno de ustedes toma un puñal muy afilado.
- SAND. Me parece bien.
- BARON. Yo no sé lo que me parece todavía.
- PEPE. Ambos entran en un gabinete.
- BARON. Y qué?
- PEPE. Nosotros los encerramos con llave, nos vamos á dormir, y volvemos mañana á saber el resultado. El que quede vivo, dará tres palmadas y le abrimos la puerta.
- BERN. Perfectamente! Acepta usted, Baron?
- BARON. Estoy conforme en que cada uno tome su puñal; pero soy de dictámen, de que entremos en distintos gabinetes.
- PEPE. En tal caso...
- BARON. Las condiciones son iguales: cada uno su puñal y su gabinete.
- PEPE. Eso es una farsa.
- BARON. Yo he sido víctima de otra.
- BERN. Señores, precisemos la cuestion. De qué se queja usted?
- BARON. Voy á decirlo. Al llegar ayer á Madrid, me encontré en la estacion del ferro-carril con este caballero, que fingiéndose encargado de una fonda, en vez de conducirme á ella, me llevó á su casa.
- PEPE. Vamos por puntos. Ha estado usted mal en su casa?
- BARON. Al contrario, perfectamente.
- SAND. Cuánto me paga usted?
- BARON. Veinte reales cada día.
- SAND. Por cuatro personas!
- BERN. Veinte reales!
- PEPE. Por cuatro personas! Hombre, y se queja usted todavía?

- BERN. Qué atrocidad!
- BARON. No me quejo de eso.
- PEPE. Pues de qué?
- BARON. Este señor me aconsejó con insistencia, que concurriera á la *soirée* del Almirante.
- BERN. Poco á poco. Eso me corresponde personalmente. Ha sido usted mal recibido en mi reunion?
- BARON. Oh! con la mayor finura.
- BERN. Se ha divertido usted?
- BARON. Como nunca!
- BERN. Le han parecido malos mis vinos?
- BARON. Excelentes.
- BERN. Le ha gustado á usted mi mujer?
- BARON. Muchísimo.
- PEPE. Pues entónces de qué se queja usted?
- BARON. Dale! pero si yo...
- BERN. Le encuentra en la estacion un filántropo, que dice: este extranjero va á ser engañado, estafado, saqueado, y se le lleva á su propia casa, y le hospeda casi de balde, y le aconseja que asista á una tertulia en la que habla, rie, bebe, canta, enamora y hace conocimiento con personas ilustres...
- TODOS. Y se queja usted todavía?
- BARON. Es que ese filántropo insistió en que yo fuese á la *soirée* para traerse á mi mujer al baile.
- BERN. Y no era peor que se hubiera quedado con ella en casa?
- BARON. Bien mirado creo que tiene usted razon, y que debo darle las gracias. (Le presenta la mano.)
- PEPE. (Dándole un golpe en ella.) Qué es eso de gracias!... El duelo ha de llevarse á efecto.
- BARON. Pero si yo confieso que he faltado.
- SAND. Claro! si él confiesa...
- PEPE. Por lo mismo que ha faltado, debe batirse.
- BERN. Perdone usted, si da una satisfaccion, no debe batirse.
- PEPE. Yo digo que sí.
- BERN. Pues es usted un majadero.

- PEPE. Almirante! Esa palabra!...
- BERN. La sostengo en todas partes.
- PEPE. (Sacando una navaja.) Andando.
- SAND. Señores!... (Al Barón.) Usted tiene la culpa de todo.
- BARON. Calma, por Dios! la cuestion no merece la pena.
- PEPE. Sostengo que habrá desafío!

ESCENA ÚLTIMA.

GABRIELA, SALOMÉ, BARONESA, ANTONIO y MÁSCARAS.

- BAR. Un duelo! un escándalo! Este es el castigo de tu mala conducta.
- BARON. Tranquilízate; por mi parte está todo arreglado.
- PEPE. En efecto, señora, el Barón ha dado sus excusas...
- BAR. Y nos podemos retirar tranquilamente?
- BARON. Al contrario; nos podemos quedar tranquilamente.
- BAR. No; el día va á clarear, y debemos instalarnos en el hotel de Rusia, al que ya he mandado trasladar nuestro equipaje.
- BARON. Por qué?
- BAR. Respeta mis caprichos.
- BARON. Caballero, ya ve usted que es un capricho de la Baronesa y no un desaire mio.
- SAND. Estoy persuadido.
- BARON. Por lo demas, le ofrezco mi nueva habitacion...
- BAR. Para cuando usted se case, porque me he propuesto no recibir á ningun español que no vaya acompañado de su esposa.
- SAL. (Á Sandoval.) Si usted quiere, podemos visitar juntos á la Baronesa.
- SAND. Gracias! (Yo te prometo que me las has de pagar!)
- PEPE. Y nosotros qué hacemos?
- GAB. Por ahora, permanecer en el baile, hasta que se termine la galop infernal.

MUSICA.

PEPE. Es un deber de pundonor
el bailar la galop.

PEPE y GAB. La galop bailaremos
con audaz *sans façon*
festejando gustosos
la bondad del Baron.
Cuando vuelva á Suecia,
rebotando salud,
contará que en España
hizo un bello debut.

Y pif y paf!

y puf y puf!

Todos. La galop bailaremos
con audaz *sans façon*, etc.

(Galop general.)

FIN DE LA ZARZUELA.

